

Prefacio

Gracias a la iniciativa de La Sofía Cartonera, acercamos a los lectores cordobeses *Ayni. Antología del cuento boliviano contemporáneo*, volumen que reúne seis cuentos de seis autores jóvenes y en plena expansión de sus carreras creativas, que no se limitan a la narrativa en general, desde la producción de novelas y cuentos, sino que en algunos casos ya dialogan y participan de proyectos cinematográficos, encontrando en la diversidad de discursos canales para expresar la diversidad de pensamientos y de contextos geográficos.

Ayni es una palabra aymara que es todo un concepto en sí mismo. Implica la contribución solidaria entre miembros de una misma comunidad. Y es el concepto elegido para titular este conjunto de cuentos, entendiendo que se trata de contribuciones de escritores que no siempre coinciden en sus visiones de mundo pero que constituyen, entre otros, el campo literario que se está desarrollando en Bolivia en el momento actual. La reciprocidad que involucra el concepto carga de sentido esta antología, refiriendo a las redes y a las conexiones que existen entre el discurso literario, las experiencias de vida de los escritores y el desarrollo de esa narrativa boliviana que se escribe desde el propio suelo boliviano y desde fuera de sus fronteras sin por ello desprenderse de la bolivianidad –siempre en conflicto-.

Es nuestro más sincero deseo que los lectores deseosos de introducirse en la indagación de nuevos textos disfruten de este mosaico que les presentamos; una muestra de la expansión de la literatura boliviana siempre en el marco de las nuevas tendencias y problemáticas que atraviesan a las naciones latinoamericanas.

Magdalena González Almada

Un pájaro en la ventana

Juan Pablo Piñeiro

I

Desde que el Pato Murray llegó, todo cambió en esa casa. Y eso que en su primer encuentro tanto doña Magda como doña Magaly tuvieron una reacción adversa. “Quién lo ha dejado entrar a éste” pensó doña Magda tan sólo al verlo. “Sólo los delincuentes utilizan su apodo como nombre” se alertó a sí misma doña Magaly, un poco después de que el interesado en alquilar el garzonier se presentara.

-Disculpe no le entendí bien –le respondió Magaly sudorosa por el traje negro que llevaba puesto hace muchos meses-. ¿Nos está diciendo su apodo o sus padres en verdad lo llamaron pato?

-¿Cómo pues Magaly? ¿Qué te pasa? –terció Magda un tanto avergonzada-. Hoy en día la gente joven tiene la costumbre de usar su apodo.

-Le agradezco el piropo, señora, pero no soy tan joven –alegó el Pato Murray que contrariamente a lo que podría esperarse como reacción en una circunstancia tan adversa, no se sentía incómodo-. Mi apodo es pato, porque me llamo Adan Corby. Imagínense. La gente se ríe.

Y entonces esas dos amigas que compartían la casa que habían heredado de un viejo amigo en común, hicieron algo que hace mucho no hacían, sonrieron involuntariamente. Cuando le preguntaron por su oficio, el Pato Murray les contó que actualmente era el subcampeón departamental de natación. Si bien el recién llegado no era un Adonis, físicamente se lo veía saludable. En forma. Por eso no dudaron de él. Aun así tuvo que volver tres veces durante la semana para que no quedara sospecha alguna. Finalmente un sábado en la tarde le dieron las llaves del garzonier, no sin antes haberle recitado varias veces las reglas inquebrantables de la casa ubicada en el 1920 de la calle Boquerón. Una antigua construcción de paredes gruesas y techos altos, reutilizada tantas veces que era

imposible determinar cuál era la disposición original de sus ambientes. Tenía un pórtico enorme de madera que comunicaba con un zaguán frío y cuadrado que desembocaba en un patio lleno de plantas y de sol. Dos bloques de habitaciones se extendían a ambos lados del patio y terminaban uniéndose en el fondo para darle a ese pequeño jardín la forma de un triángulo. La parte izquierda era para doña Magda, la derecha de doña Magaly. Incrustado en la unión de ambos bloques, cada uno con más de tres pisos de altura, se encontraba el minúsculo bulín. Para el Pato Murray, esa ratonera era un palacio.

Doña Magda y doña Magaly tenían un trato. Una se quedaba en la casa en las mañanas y la otra en las tardes. Quizás por eso doña Magda fue la primera en percatarse la facilidad con la que el Pato Murray hizo entrar todas sus cosas en la diminuta habitación que le alquilaron. Tenía una televisión, una cocinilla, un montón de libros, un montón de cachivaches, un catre, dos lámparas, un baúl, un ropero armable con un cocodrilo dibujado, varios sombreros, papeles, mapas, piedras, alambres y velas.

-¿Y usted se siente cómodo así? –le preguntó una mañana doña Magda, mientras tomaba el sol en el patio. El pato Murray estaba saliendo con cierta prisa.

-Sí, tranquilo –respondió tranquilo como era.

II

Doña Magda era mucho más conversadora que doña Magaly, por eso fue naciendo una costumbre matutina entre ella y su alojado que consistía en compartir un té y una marraqueta en el patio a la hora de desayunar. A doña Magda no dejaba de parecerle sorprendente que el Pato Murray hablará de todo menos de natación. Y es que a pesar de su astrosa apariencia, el Pato Murray era un muchacho muy culto.

-Son los pesticidas –le contó el nadador una de esas frías mañanas que anuncian el invierno-. Están hechos en base a nicotina. Y eso está haciendo que se mueran pues las abejas. Son esas empresas multinacionales, descaradas y angurrientas. Va a disculpar pero hacen lo que les da la gana.

-Pero bueno, no hay mal que por bien no venga –respondió doña Magda sin mucho interés-. Además la miel de caña es igual de sabrosa y nutritiva.

El Pato Murray le dio un masco a la crujiente marraqueta que llevaba en la mano y se atrevió a preguntar.

-Doña Magda –le dijo con inusual aplomo para alguien que la mayor parte del día se la pasa en la luna de Payta-.Mire. No sé cómo decirle esto porque esto en verdad es una pregunta. El otro día en mi cuarto...

Doña Magda lo corta y después levanta su mano para incrementar la duración de la interrupción y tomar un sorbo de té.

-Yo le voy a decir una cosa Pato –le dijo de buenas a primeras-. No le haga caso a Magaly, ella era peor que cualquiera cuando era joven. Yo entiendo que de vez en cuando te tomes unos tragos. Creo que lo que no le gustó mucho fueron tus compañeros de natación, parecían otra cosa.

-La entiendo pues doña Magda, no creo que nadie esté contento con lo que pasó ese día, además doña Magaly no me dijo nada todo este tiempo, no creo que esté enojada –le replicó el Pato Murray tratando recuperar el rumbo de la charla mañanera-. Pero esa no es mi pregunta.

-Está bien, pregunta por pregunta –le propuso inopinadamente doña Magda-. Y como yo soy mayor, yo comienzo. Me han dicho que tu sales de aquí con la Magaly varias tardes. Y no me importa que ella incumpla nuestro trato. La entiendo, necesita airearse. Lo que me interesa que me digas es a dónde van.

El Pato Murray quedó evidentemente azorado ante semejante pregunta, pero respondió.

-Lo que pasa es que ella le entregó unos sombreros viejos a un amigo del sastre que parece que arregla sombreros –le explicó el inquilino develando el misterio-. La cosa es que el hombre a pesar de haber firmado un compromiso de entregarlos hace dos meses se ha hecho pepa y se hace negar todo el rato. No le da ni los sombreros ni la plata. Y ella piensa que a mí me hará caso.

-Mucho lío se hace esta Magaly –reflexiona doña Magda-. Ahora sí pregúntame nomás.

III

El dueño de casa no solamente era amigo de doña Magda y doña Magaly, era también su compadre. Se conocían de toda la vida. Juntos viajaron por todas partes y fueron aclamados por su habilidad para interpretar la quena, el charango, el pinquillo y la zampoña. La música los bendijo con ese viaje. Eran seis pero el grupo se llamaba los nueve. Como si las tres parejas de amigos, fueran de alguna manera tres integrantes más, claro está, además de lo que representaba cada uno por sí solo. Por eso cuando murieron dos de los esposos y una de las mujeres, murieron también esos tres músicos metafísicos que generalmente le daban alma a la fiesta. Los sobrevivientes regresaron mermados a aquel país que los vio partir y que ellos mostraron en todo el mundo, orgullosos y emocionados. Pero como volvieron con una pena tan grande nunca volvieron al país, y el paso del tiempo hizo que confundieran la danza de ausencias que se ocultaba dentro de ellos con la mediocridad de su propia tierra. Su ciudad, su propia ciudad, se convirtió para ellos en el designio de todos sus pesares.

Está demás decir que olvidaron de inmediato el color y la música, y no entendieron que ya no era tiempo de olvidar la pena sino de exorcizarla. El dueño de casa lo supo muchos años antes de morir, preparó su testamento, se puso en forma y de alguna manera pidió perdón a su ciudad mirando las montañas. Y así quiso irse, sin sangre en el rostro, esperando que la conciencia se apague por sí sola, sentado en una mecedora frente a una ventana que tenía vista directa al Illimani, y con la última luz se le reveló algo muy simple, la silueta de un pájaro en la ventana.

No dejó cabo suelto y enseguida su abogado, quién ya presentía semejante desenlace, se apresuró en ejecutar los pasos minuciosamente detallados por el dueño de casa en su testamento. En primera instancia hizo embalsamar al cadáver, fue una tarea sencilla gracias a que el mismo muerto se inyectó formol para empezar a matarse. Después de un tiempo se convocó a un maestro de la cera quién se encargó de retocar y reponer las partes menos pegadas al cuerpo, y todos los pedazos de color desagradable. Le sacaron de adentro todo lo que podía ser susceptible de podrirse. El fiscal de distrito le debía durante muchos años un

favor al dueño de casa. En la dictadura el occiso había accedido a traer unos dineros de Estonia y Reikiavik. Por eso el fiscal encontró la forma de permitir que el dueño de casa sea enterrado ahí mismo dónde había vivido. En el fondo sabía que no iba a haber ningún entierro, pero parte de devolver el favor era hacerse al desentendido. Así que dejaron al embalsamado en la mecedora.

El abogado entonces cumplió con la última voluntad del finado. Llamó a las dos integrantes que quedaban de los nueve y les entregó las llaves de la casa, con la única condición de que no podían deshacerse de nada de lo que estaba dentro. Él sabía lo mucho que les gustaba su casa. Ahí habían hecho los primeros ensayos. En esa casa se enamoraron todos, era el lugar del misterio y de la alegría. Esa casa era el color. Y ellas la deseaban pero ya no sabían por qué. Como el color había desaparecido sólo quedaron las ganas y con el tiempo la insatisfacción. Doña Magda y doña Magaly sabían muy bien que tenían que cumplir la voluntad de su compadre y compañero. El pato Murray no tenía ni la menor idea de todo lo que pasaba en esa casa, y las dueñas no podían imaginar lo que pasaba en el bulín del nadador.

IV

Al Pato Murray doña Magaly le agarró un cariño denso pero verdadero. Quizás ella encontraba en él a un hermano menor negado o criado con otra familia. Lo veía flaco y sonriente, por eso cada medio día le llevaba una charola con un plato de comida, para que se alimente bien. El Pato Murray estaba en otra por eso prefería pasar hambre a sentir la incomodidad de deberle a alguien un gesto de solidaridad, pero eso Magaly nunca lo percibió. Al sub campeón departamental de natación no le quedó otra que aceptar la misteriosa bondad de la dueña de casa, y se olvidó de hacer compras, lo cual era conveniente pues no tenía ni un quinto.

-Debe pensar usted que soy un maleducado –le dijo un día de esos mientras recibía el dadivoso plato de comida-. Usted cada día viene a darme de comer, demostrando lo gente que es usted. Y yo le recibo el plato y me entro a comer solito. Quiero explicarle que si

hago eso es por deportista. Tengo poco tiempo en mi receso y tengo que volver a entrenar. Pero si usted quiere la puedo acompañar cualquier domingo en el almuerzo.

Doña Magaly empalideció.

-No, no, Pato –le explicó bastante afectada-. Es mejor así. Por muchas razones, entre ellas la Magda. Tenemos reglas claras en cuanto a la presencia de los inquilinos en la casa. Lo dejemos así. No crea que cada día le traeré comida por el resto de los siglos. Simplemente que cuando hay, hay. Y a mí me gusta mucho compartir. Si tanto quieres comer conmigo podemos venir con la Magda un domingo.

-No, no se moleste –le respondió el Pato-. Usted ya ha hecho mucho por mí y sin conocerme. ¿No necesita ayuda para algo? Puedo hacerle algunos mandados, ir al mercado.

Doña Magaly se sonrió.

-¿Cómo pues? No me ofenda –le replicó muy suelta de cuerpo-. Yo no comparto para que me den algo a cambio y lo último que quiero es convertirlo en el chico de los mandados. Coma mejor, está bien rico.

Al irse doña Magaly hizo como si se acordará de algo y le contó al Pato Murray que estaba muy preocupada porque el sombrerero la estaba estafando. Ella se había cansado de buscar al sinvergüenza y no había podido encontrarlo, por eso necesitaba ir con alguien más, y quién otro podría ser que el Pato Murray. Quedaron para la tarde del día siguiente. Esa noche era cumpleaños de uno de los colegas del subcampeón de natación. Con el resto de los amigos festejaron hasta que cerraron todos los boliches y tuvieron que ir al bulín del Pato Murray. Ni doña Magda ni doña Magaly sintieron llegar a la tropa de sedientos deportistas, armados de alcohol hasta los dientes. Solamente cuando doña Magaly llegó al día siguiente con una sajta de pollo entre las manos y fue recibida con vivas y aplausos por los amigos del pato Murray, fue que descubrieron que a su casa había llegado una tropa de desaliñados, que encima de deportistas no tenían un pelo.

V.

La gente tiene diferentes maneras de reaccionar ante el espanto. Algunos cambian su vida para siempre, generalmente de una manera sórdida y dolorosa. Otros agachan la cabeza resignados y enterados de que existe un tiempo circular que todo lo lava y lo acomoda, y por eso siguen caminando. Y hay unos pocos, como el Pato Murray, que directamente se hacen a los de Oruro y fingen no haber visto nada. Es un reflejo natural.

La noche en la que el Pato Murray trajo a sus amigos a rematar el cumpleaños a su bulín. Escuchó de boca del Nuevelucas que las dueñas de casa, doña Magda y doña Magaly, eran conocidas por pasarse el día, una en la mañana y otra en la tarde, con un cadáver embalsamado. Al parecer le hacían escuchar música, además de un sinfín de ritos inexplicables para los alarmados vecinos. El Pato Murray ya tenía la sospecha de que alguien más estaba en la casa y muchas veces había confundido una sombra del patio con la cabeza de un hombre sentado en el sillón de la sala, pero aun así se hizo al loco y le pidió a su amigo que busque una canción por internet desde su teléfono.

Cuando los soldados cayeron, al pie de la madrugada, el Pato Murray que era el único que todavía estaba despierto, trató de encontrar un lugar donde botarse en su pequeño garzonier, pero no había espacio ni siquiera para caminar. El Pato Murray entonces se sacó las botas y caminó pisando despacito a sus nuevos amigos para acomodarse al lado de una pared de venesta en el último rincón del cuarto. No podía dormir. La luz era incómoda y desigual. La habitación del lado estaba encendida. Nunca lo había estado. El Pato Murray lo supo por el pequeño hoyo que estaba frente suyo. Y cuando la luz terminó de acomodarse en las cambiantes pupilas del nadador paceño pudo distinguir la figura de un cadáver sentado en una silla. No le dio tiempo al miedo, cerró los ojos y se durmió.

Las noches siguientes transcurrieron de la misma forma. El Pato Murray llegaba a casa muy tranquilo y se dormía en su cama como si nada. Lo terrible es que amanecía cada mañana en el piso, mirando el cadáver embalsamado, sin sentir nada por dentro. El resto del día se la pasaba sin hacer nada, mirando los mismos programas en su televisión portátil, desayunando con doña Magda y comiendo lo que le invitaba doña Magaly, además de masturbarse sin ganas con unas pornos antiguas que él guardaba nadie sabe por qué. Por

eso, y en contra de su voluntad, empezó a incomodarle la idea de compartir la noche con un muerto. Y eso coincidió con el fin.

El Pato Murray no llevaba la vida de un deportista, por eso en el fondo doña Magda no se sorprendió cuando encontró en el periódico una entrevista al subcampeón departamental de natación el cuál no se llamaba Pato Murray sino Filippo Gabardini. Las amigas, a pesar de haberse encariñado con él, no dudaron en echarlo de la casa. En principio lo hicieron a las buenas, brindándole un plazo razonable para que desaloje el bulín, pero cuando el Pato sacó sus garras y las increpó por vivir con un muerto misterioso, las antiguas integrantes de los nueve, lo agarraron de las mechas y lo lanzaron a la calle como si fuera un criminal. A ellas el mal trago se les pasará rápido y ya vendrá un nuevo inquilino. En cambio yo, no creo que pueda sentir de nuevo la alegría que me causaba el ojo cautivado del Pato Murray mirándome desde el hoyo de mi pared.

Figuritas fosforescentes

Giovanna Rivero

Uno es lo que hace. Si usted hubiera trabajado despedazando las cosas, las orejotas de Mickey Mouse, la mallita que usa el Hombre Araña para que no se le enganchen las pelotas cuando se la tiene que bardear, me entendería. Yo mismo no me di cuenta de mi transformación, parecía cansancio nomás, estrés le dicen. Llegaba a la casa, me tumbaba en el catre y cerraba los ojos. Pero seguía viendo al Hombre Araña y a Mickey Mouse hechos pedacitos, la oreja o la mano huérfana separadas por algún borde curvo o filoso, según el molde que les haya tocado. Entonces apretaba más los ojos, más y más, hasta que dolían y sólo veía estrellas, espirales, unas figuritas fosforescentes de distintos contornos, ¿se da cuenta? Debí cambiar de trabajo ahí nomás, pero es que ya venía dejando dos trabajos y yo quería, quiero ser un hombre consecuente. Antes, me dedicaba a echar fuego por la boca. "El dragón de la Grigotá" me decían, porque me paraba en esa rotonda para hacer el show. Usted agarra un palo de escoba y le ata en la punta un trapito humedecido con kerosén para armar su antorcha, su instrumento de trabajo. Cuando paran los vehículos usted se mete a la boca un buchecito de kerosén y se acerca la antorcha. Hay que tener cuidado de escupir inmediatamente el líquido, ahí nomás aparece la llamarada y la gente piensa que uno echa fuego, igualingo a los dragones. Mi show era superior a Drácula porque yo lo aderezaba con unos gritos al estilo Jackie Chan, ¿ha visto usted esas películas? Buenísimas. Y a veces hasta me animaba a levantar la pierna como karateka. Lo malo fue la acidez, quieras o no el kerosén se va entrando al organismo hasta que a uno se le jode la garganta y el estómago. Noches enteringas me las pasaba sentado, eructando a kerosén, una maldición. Yo no me acercaba a Lola para no asquearla con mi tufo; al final, tuve que dejar el negocio. Pero más temprano que tarde apareció la pega de reidor. Cerca del Cuarto Anillo hay una peña donde se le ofrece al cliente toda clase de números, es un programa bien surtido, música al vivo, striptease, bingo, y lo mejor de todo, los chistes. Fue ahí que me "descubrieron" como se dice. Yo había ido a olvidar mis penas, que nunca han sido pocas, ya ve usted, y me reía como si tuviera un millón de dólares en el bolsillo. La gente que estaba en mi mesa se reía todavía más de escucharme a mí, así que esa misma noche me contrataron. La pega consistía en pararme al lado del humorista, un enano maldito para la mímica, y hacerle la

coreografía con mis carcajadas. Era bonito al principio, pero después, cuando me aprendí de memoria todingos los chistes, tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para reírme; llegaba a la casa con la cara adolorida, los cachetes macurcados, mi mandíbula batiente hecha polvo, con decirle que no podía ni cepillarme las muelas, así que la dentadura se me empezó a cariar, tuve que hacerme poner estas dos coronas de oro delanteras. No sabía yo que a alguna gente el oro le da asco, figúrese. Me echaron de la pega. Pero nada sería eso, sino que se me quedó la maña de andar riendo, como si fuera, pues, mi obligación. Y yo creo que ahí empezó todo, este malentendido que tuve con Lola, mi mujer. Porque no crea que con haber aceptado el tercer trabajo me olvidé de reír. Fíjese que hasta en pleno velorio, por llorar, río, y no es que yo no tenga sentimientos, me duele en el alma, se me estruja el corazón, lo tengo hecho añicos, un dolor inmenso, más ácido que la acidez del kerosén, un dolor que ya le cuento; pero claro, en vez de llorar, río, río y río, un problema... Nunca acepte reír por plata, se lo aconsejo.

Y le digo más, uno es lo que hace. En el tercer trabajo, nada del otro mundo, yo sólo tenía que pasar las cartulinas con la imagen del Hombre Araña o de Mickey Mouse bajo la guillotina, siguiendo el molde que correspondía. Luego plastificaba y el rompecabezas estaba listo. Usted debe creer que un trabajo así es de lo más simple, nada peligroso, un producto para niños, ¿no? El problema, le hago recuerdo, es que uno se cansa de ver la realidad en pedacitos; usted aprieta sus ojos y la sigue viendo, y después todo se mezcla, las orejotas de Mickey Mouse con las manos tarantulosas del Hombre Araña. Todo, todingo se mezcla, la risa, y las espirales fosforescentes, los sapos y culebras con los rayos y centellas. Y el reclamo de Lola. Que yo no era lo suficientemente hombre para ella, dijo, porque llegaba agotado y enseguida me dormía, sin cumplirle, y que se iba a buscar otro. ¿Otro? No pues, Lolita, si yo te amo, le dije, todo lo que hago lo hago por vos, hasta he dejado mis trabajos nocturnos para estar a tu lado, pero te prometo que mañana voy a llegar chalinga. Entonces ella dijo que no se iba a buscar otro, porque ya lo tenía, que era un teniente, dijo, imagínese, y que ¡a llorar al río!, remató. Yo de verdad verdadera quise llorarle, le juro, no sólo para enternecerla, sino porque así lo sentía en mi pecho, apretándome ese nudo ciego. Lolita, Lolita, tormento mío, tormenta perfecta, Lola de mi corazón, por favor... Y, claro, en vez de llanto, me salió la risa, la maldita risa. Lola se puso furiosa, se abrió la blusa y me mostró dos chupones, de vampiro, mirá, dijo, mirá bien, pa' que sepás que ya no te necesito

en mi cama. Y yo riendo, riendo, no quería, no, no. Meneaba la cabeza. ¿Ha visto usted la película del Hombre Lobo que se amarra a un tronco en la luna llena? Me pasó igual. Yo hubiera querido que alguien me atara esta mano, pero no, ahí sólo estábamos Lola y yo, acabando de cenar. Agarré el cortaplumas con que pelábamos naranjas y se lo chanqué. Se lo chanqué con dolor, dolor inmenso que no se lo deseo ni a mi peor enemigo. Sin verle la cara, porque sólo se me aparecían las figuritas fosforescentes. El cortaplumas entrando ciego, casi sin esfuerzo, en su cuerpo blando, y yo riendo, cuando quería gritar, riendo, riendo, veía al Hombre Araña hecho jiras, los rompecabezas para chicos, el guante de cuatro dedos del maldito ratón, y la fui destrozando a mi Lola, tormento mío, destrozando, viera usted cuánto horror, el crujir de algo dentro de ella que se tronchaba para siempre, y yo imaginando a Mickey Mouse, a su carcajadas.

Por eso, a su pregunta, sólo puedo decir en mi defensa que uno es lo que hace para obtener el pan de cada día, señor Juez. Sé que a usted la parecerá estúpido que yo le llame a esto “accidente de trabajo”, pero ¿qué otra cosa es? A ver, dígame, usted que sabe.

La Casa Grande

Rodrigo Hasbún

Celebraban el aniversario del pueblo, esa era la excusa para que la abuela no se diera cuenta. La enfermedad ya estaba muy avanzada por entonces, pero era mejor que ella siguiera creyendo que los dolores en la espalda se debían a otra cosa.

Cuidado digas algo, me advirtió mamá varias veces en la camioneta, mientras viajábamos, y yo supe en ese momento que iba a enojarse en serio si decía algo. A menudo nos pellizcaba debajo de la mesa o nos jalaba las patillas y alguna vez nos había dado cachetadas, pero era aún peor cuando nos ignoraba durante varios días seguidos, si la hacíamos enojar en serio. ¿Me estás oyendo?, dijo sin dejar de mirarme desde su asiento. Papá estaba cantando lo de siempre (*en la vida hay amores... que nunca pueden olvidarse*), manejando abstraído, y mi hermano se había quedado dormido a mi lado. Asentí apenas y mamá recién entonces se volteó hacia delante.

Ahora estábamos en medio del monte, papá, mi hermano y yo. Hacía un calor insoportable, distinto al de la ciudad, más húmedo, pegajoso, y volvíamos de una caza pésima. La víbora que nos habíamos topado en el camino ya no tenía cabeza pero seguía sacudiéndose y a nosotros nos costaba entender por qué se aferraba a la vida.

Dale de nuevo, le dijo papá a mi hermano sin darse cuenta de que el hombro le dolía, el rifle le había pateado duro la primera vez. Dispararle a algo tenía que ser distinto a dispararle a nada, a manchitas en el aire. Sin quejarse de nada, él cerró un ojo mientras acercaba el otro a la mirilla.

Era un luchador, mi hermano, alguien que no se mostraba vulnerable nunca. Cuando nos hicimos hombres y los cinco años de diferencia ya no se notaban tanto, a la salida de las discotecas o en algunas tardes de fútbol, lo vi decenas de veces revolcándose como un animal salvaje encima de otros. Aunque estuviera adolorido o mareado, aunque ya casi no pudiera respirar, tenía completamente descartado cualquier tipo de rendición.

Disparó y el monte nos devolvió el eco. La víbora seguía sacudiéndose.

La muy hija de puta no quiere morirse, dijo papá entonces, incrédulo. Como si esas palabras contuvieran una orden secreta, mi hermano dejó el rifle a un lado, levantó una piedra que estaba a unos metros y la aplastó con todas sus fuerzas.

Temblaba un poco, mi hermano, viéndola quieta al fin.

Papá dio un paso hacia él y le acarició la cabeza.

*

Las hijas de tío Esteban eran cinco y eran todas parecidas, pero la única que me gustaba a mí era Lucía, la menor.

La madre era sueca y, a pesar de llevar viviendo décadas en el país, todavía hablaba con un acento marcado. Con ellas hablaba en su idioma natal y entre las hermanas lo hacían también, sobre todo cuando se burlaban de nosotros o cuando se contabas chismes o secretos. Yo me desesperaba, a mí hermano no parecía importarle. La que más le gustaba a él era la mayor. Tenía trece años y su cuerpo ya era de mujer. Había sucedido de un día al otro y de un día al otro no quería jugar a las escondidas. Se quedaba hablando con mi hermano y también fumaban, los vi más de una vez, no en la casa grande del pueblo, ahí no íbamos casi nunca, sino en la nuestra o en la de ellas.

Los mayores estaban cerca de la cocina, en el patio, esperando que la comida estuviera lista. Mamá ayudaba a la abuela, que al final de la tarde había descuartizado a las gallinas y que ahora fumaba mientras removía el contenido de una olla. Me quedé mirándola un rato, era un poco como si ya no estuviera. Cerraba los ojos cuando aspiraba el humo y se notaba que disfrutaba un montón cada bocanada. El abuelo y sus hijos estaban sentado en un círculo y reían de algo. Tía Engla también, estrepitosamente, sentada entre papá y tío Lucho, que era el único que no se había casado ni tenía hijos.

Era lindo saber que te buscaban, que lo único en el mundo que alguien quería en ese momento era encontrarte. Por eso ocultarse entre dos no tenía tanto chiste. Pero a mí me tocó con Lucía y yo con Lucía podía hacer cualquier cosa. Me agarró de la mano y dijo que tenía una gran idea.

A Melisa y a Mia les tocaba contar. Oíamos sus voces todavía, pero cada vez más lejos. También oíamos las risas de los mayores, se los sentía un poco borrachos. Su mano estaba caliente y sudada y ella caminaba rápido. Salimos al patio de atrás, que en realidad ya era el campo.

No creo que valga aquí, dije.

No dijimos, dijo ella, así que vale.

Aquí no van a encontrarnos ni queriendo.

No seas tonto, por eso mismo. Ven.

Los dos caballos del abuelo empezaron a relinchar cuando llegamos. Les tenía miedo pero no dije nada, Lucía se metió en la caballeriza y le acarició la cabeza a uno. Parecía que le estaba mirando a los ojos, los del caballo eran el triple de grandes. Los dos parpadeaban y yo no me animaba a entrar.

No seas marica, dijo ella.

No es por marica.

Por qué entonces.

Hay víboras. En la tarde le disparamos a una. No se quería morir.

Ella dejó de acariciar al caballo y me miró. Con su piel tan blanca y sus ojos tan azules parecía un fantasma.

Mamá dijo una vez que a las mujeres se les pueden entrar, seguí yo.

¿Las víboras?

Sí. Por eso no tienen que hacer pis en el campo.

El otro caballo empezó a respirar ruidoso y yo aproveché para mirar hacia la casa y ver si Mia y Melisa se habían dado cuenta. No había nadie, tampoco Anna ni mi hermano. Años después él la embarazó y tuvieron que hacerla abortar. Años después pasaron muchas otras cosas, todos nos fuimos ensuciando y casi a ninguno le fue bien.

Ya vámonos, dije.

Que nos encuentren primero, dijo ella.

Nos sentamos a un costado y poco después la luz se fue repentinamente. Miramos hacia la casa, ahí igual estaba oscuro.

Lucía sintió miedo recién.

Ahora no seas tú la marica, dije, es solo un apagón. Pero también tenía miedo, sobre todo porque nadie venía por nosotros ni tampoco gritaban nuestros nombres. Era como si nos hubieran olvidado, como si ya no existiéramos. Así se sentía.

Quise abrazarla y me apartó con torpeza.

Es tu culpa, dije, tú eres la que quiso venir aquí.

Traidor, dijo ella mientras se ponía de pie. Traidor de mierda, dijo, nunca antes le había escuchado decir una mala palabra, y empezó a correr hacia la casa.

Yo me levanté y corrí detrás.

*

Mamá y papá casi nunca se trataban, eran como extraños. Pero en la procesión, por las calles del pueblo, los vi agarrarse de la mano. Éramos los visitantes ilustres, una de las familias que habían prosperado económicamente en la ciudad, y teníamos que aparentar

que nos queríamos. Nos queríamos pero, en la ciudad, mamá y papá dormían en cuartos separados y podían pasar días enteros sin decirse nada.

Mi hermano caminaba a mi lado.

¿Te la chapaste? ¿Sí o no?

La música de la banda sonaba fuerte y yo hice como si no lo hubiera oído. Seguí caminando con la mirada al frente pero el corazón comenzó a palpitarme rápido. Delante nuestro caminaban los abuelos apenas y los tíos estaban en la primera fila, justo detrás de la Virgen que cargaban entre cuatro. Ahí cerca estaban también las chicas, pero era como si nosotros hubiéramos dejado de estar para ellas.

Yo a la Anna la manoseé entera. Hasta me dejó que le meta un dedo.

No te creo, dije.

En ese momento la procesión se detuvo. Mamá se dio la vuelta para constatar que nosotros también estábamos rezando. Tenía una mirada dura, mamá. Yo no entendía todavía que esa era la mirada de las mujeres que no son felices, la mirada de las mujeres abandonadas por maridos que sin embargo seguían a su lado, por costumbre o por guardar las apariencias o porque tenían claro que las amantes eran solo para un rato, a diferencia de la mujer, que debía ser una sola para siempre. La mujer de mi hermano tenía esa misma mirada y yo la consolé, muchos años después. Cuando mi consuelo dejó de serle necesario y decidió irse, dejarnos a los dos, llevándose a los niños consigo, a él lo vi llorar por primera vez.

Terminó el rezo y mi hermano me miró desafiante.

No te creo, repetí.

Me vale un huato que no me creas, dijo. Luego se le ocurrió que quizá su dedo todavía olía a ella y lo acercó primero a su nariz y después a la mía. Olía raro, era posible que así olieran las mujeres por dentro.

Con la expresión victoriosa él volvió a preguntar si me la había chapado a Lucía.

Claro que me la he chapado, dije. Con lengua y todo.

Había mucho polvo en el pueblo, las calles no estaban pavimentadas. Menos de diez metros más allá la abuela se detuvo. Respiraba agitadamente y hubo un desorden momentáneo. Papá y los tíos la llevaron a la sombra, hicieron que se apoyara contra una pared. Unos minutos después ella insistió que ya se sentía mejor y la procesión siguió su curso. Por unanimidad fui yo el que terminó quedándose con ella, solo porque Lucía no quiso quedarse conmigo.

La abuela no era una anciana todavía pero la enfermedad la había deteriorado en los últimos meses. Su cara estaba marcada por mil arrugas. Algunas eran profundas y otras no se notaban tanto, pero todas se movieron de una forma rara cuando sonrió, apenas le dio la primera calada al cigarrillo que sacó de su cartera.

Y ustedes creen que no sé, dijo así, sonriendo todavía mientras aspiraba el humo. Yo me quedé mirándola, primero sin entender y luego sin estar seguro qué decir. En ese momento sentí recién el olor a tabaco, una ráfaga amarga, y me dio un poco de náuseas. En las décadas siguientes ese olor me devolvería a ella cada vez, a ese mundo que estaba a punto de desaparecer, a nuestra despedida discreta de ese fin de semana, poco después hasta vendieron la casa grande, y de nuevo mi corazón comenzó a palpar rápido. Como si lo oyera, como si el enfermo al que debíamos custodiar fuera yo, habló entonces.

Vamos, dijo. Ya vamos de una vez.

Algo allá afuera, en la lluvia

Maximiliano Barrientos

Estamos sucios, llenos de barro, y le digo que mi padre se abrió la cabeza cuando cayó de la escalera. Le digo, cuando quiere limpiarme, sacar el barro de la cara para memorizarme los ojos, que lo vi en el suelo, que reía, que pedía que me agachara.

¿Tu padre?, pregunta buscándome la verga, metiéndosela en la boca. Los ojos son chispas, fuego líquido. Se quedan quietos en el aire atrapando cada segundo que nos aleja de los sitios seguros, que nos empuja hacia el futuro, hacia todas esas incertidumbres pequeñas que se acumulan en la distancia, más allá del olor de su sexo.

Mi padre, digo, y la obligo a que se siente en la cama.

Estaba tirado en el suelo, la sangre descendía por su cuello, miraba el techo, quería alcanzar mariposas invisibles, un sitio donde llevó a mi madre antes de que yo naciera, un lugar que se preserva únicamente en su cerebro. Allí todavía era joven, no tenía miedo, podía sostener la mirada de mi madre debido a que aún las acumulaciones no habían creado esa costra de mugre alrededor de sus nombres.

Cierro los ojos y hundo las manos en todo ese pelo ensortijado, rojo, como si alguien hubiera venido en la noche y le hubiera prendido fuego. Ella prosigue sin mirarme, untando la verga de saliva, mamando como ya lo hizo otras veces a lo largo del día, con diferentes hombres.

Hoy soñé con el cerebro de mi padre, digo. Estaba hecho de electricidad, de una sustancia blanda y pegajosa, olía a perfume. Un montón de mujeres corría en el pasto y se perseguía unas a otras, sus viejas novias. Estallaban fuegos artificiales, había autos abandonados, televisores que emitían únicamente estática. Yo estaba dentro. Tomaba un helado. Era hermoso, mis ojos se manchaban con lo que veía.

Al otro lado de la pared se escuchan voces y risas, y yo viéndolos por la ventana, y yo esperando. Un viejo canta totalmente desnudo, subido a una silla, los ojos rotos de tanto meterse trago. La ropa está tirada en el piso, la mía y la de la puta, y están confundidas. Los olores también se mezclan. Puedo sentirlos, todo junto: el sudor, la lluvia, el perfume que se pone a diario cuando termina de coger con desconocidos. Mi padre frecuentaba a estas mujeres, les contaba historias, las hacía sentir como si fueran damas. Mi padre, antes del desarreglo, las llevaba a bailar y les regalaba zapatos, vestidos.

¿Qué cosas te dicen?, pregunto.

Se asea. Cuando termina se pone unos aros que le regalé. Camina desnuda por la habitación, se mira en el espejo, hace muecas. Todavía es linda. Aún le queda un poco de tiempo, dos o tres años en los que podrá hacer que los hombres la vean deseando enterrarse en ella, deseando entrar y cerrar los ojos y olvidar la suma de días y horas.

¿Quiénes?, pregunta.

Los que pagan.

Seguime hablando de tu padre, dice tras darme la espalda, cambiando de tema abruptamente. Mueve el culo juguetonamente, se agacha para recoger uno de los aros que cayó al piso.

Una vez quemó nuestra casa, estábamos solos y creyó que sería hermoso que los dos viéramos ese espectáculo—lo pienso sin abrir la boca, mirándole el culo, la forma estudiada que tiene de moverse por el cuarto como si estuviera sola, su desnudez no la incomoda. Yo era niño, tenía siete años. Cuando el fuego se elevaba en el aire mi padre daba pequeños saltos, como si fuera una fiesta a la que únicamente nos habían invitado a los dos. Quería mostrármelo antes de que se volviera viejo y de que yo dejara de ser niño. Una belleza que no formaba parte de este mundo, él la forzaba. Algo para conservar en la memoria, para recordar quiénes fuimos todas la tardes anteriores a esa tarde. Me sostenía de una mano y me pedía, con el aliento a whisky rozándome la cara, que no tuviera miedo, que mirara atentamente porque más allá del peligro, cuando la belleza lo inunda todo, vuelve inofensivo al mundo. El fuego nos calentaba la sangre de la cara. Escuchaba el latido de su

corazón, todavía lo escucho, sigue sonando en este momento, aquí, en el cuarto. Las sirenas de la Policía y de los bomberos irrumpían en el aire, todavía lejanas, pero mi padre me pedía que observara en silencio cómo la casa caía a pedazos, que recordara ese momento, que recordara quiénes éramos él y yo.

No temblés, dijo, eso dejáselo a las chicas, dejáselo a tu madre.

Tenía algo con las putas, digo, y ella se vuelve para mirarme incrédula, como si sólo me creyese en parte, y luego se voltea para seguir viéndose en el espejo. Todavía estamos sucios, con barro en la cara, en los brazos. Entra en el baño y se sienta en el inodoro, orina mirándose los pies descalzos.

Hablame de tu padre, dice cuando está a punto de acabar.

Y yo digo esto:

Se cayó de la escalera esta mañana, se abrió la cabeza.

Pobrecito, dice cuando ya no tiene más pis en su vejiga, cuando está seca y se levanta riendo con ternura, mirándome desde tan arriba, sin sentirse culpable, dueña de lo poco que ha conseguido juntar para sí misma.

¿Tenés hijos?, pregunto.

No me gusta hablar de eso, dice pasándose papel higiénico por el cocho con movimientos rápidos.

Me acerco a la ventana y veo la lluvia, los hombres bailando con otras putas, zapateando en los charcos. La música llega desde lejos, desde la tristeza de todos esos desconocidos que alzan sus tragos y sacan a bailar a las mujeres. Tengo la cara empapada, todavía huelo el pis de la mujer. Los ojos colorados, como si el cerebro hiciera presión, como si quisiera abandonarme para perderse en la lluvia donde sucede la verdadera joda.

Hablame otra vez de ese sueño, dice.

¿Cuál?

El del cerebro de tu padre.

Ah, eso, digo dándome la vuelta. Ella ya se ha vestido.

Había mujeres, era el cielo de mi padre. Había autos viejos. Había perros de raza, todos ladraban al mismo tiempo y jugaban en el pasto junto con sus viejas novias, chicas de quince a las que voló la estampilla o a las que nunca se atrevió a pedirles que salieran con él, esas eran las más hermosas. Mi madre no estaba, había hecho una fiesta en otra parte.

Al llegar a casa lo abrazo, tiene la cabeza vendada. Los dos nos quedamos recostados en la cama. Cierro los ojos, él también tiene los ojos cerrados.

Olés a coche, dice.

Y ríe. Y es reconfortante escuchar que ría, que su cuerpo se estremezca de risa y sentirlo tan cerca. Su corazón llega hasta el mío, siento sus latidos, siento que se mueve ahí adentro.

Llueve, sigue lloviendo, digo.

Mi padre pasa un dedo por mi frente, por el barro pegado en mi cara, y besa mi nariz como cuando era niño.

Sigue lloviendo, digo.

Mi padre se queda muy quieto mirándome, la cabeza envuelta en gasa, tiene manchas de sangre creciendo como flores salvajes.

¿Te acordás del fuego?, pregunta.

Asiento. Era hermoso, digo, ese fue un día hermoso, miento. Miento porque desde entonces las cosas cambiaron. Me obligaron a vivir alejado de mi padre y a él lo internaron en una institución para estudiar el funcionamiento de su cerebro con máquinas y con una serie de exámenes que dieron resultados contradictorios.

Hacía frío, dice.

Está viejo, tiene arrugas en toda la cara. Huelo los restos de un perfume que esconde en uno de sus cajones y que sospecho era la marca que mi madre usaba en los años buenos. Le peino el poco pelo que le queda, brota como pasto por los huecos del vendaje. Abre la boca y sonrío. Su aliento es fuerte, a cebollas, a fritura.

Hoy se me cayó un diente, ¿querés ver?

Me muestra el hueco que hay entre sus molares.

Puedo sacar la punta de la lengua por ahí. Puedo tocarme el nervio con la lengua, dice.

Llueve afuera, en el patio, en la fábrica donde trabajo hace doce años y donde mi padre trabajó hasta que lo obligaron a jubilarse prematuramente. Llueve en el patio del putero donde algunos de mis compañeros duermen tirados en el piso, abrazados a mujeres que nunca revelarán sus nombres verdaderos. Llueve sobre la casa donde se quedan los hijos de la mujer que me metió en ese cuarto y se abrió de piernas y no cerró los ojos cuando entraba en ella susurrándole insultos en el oído, cualquier asquerosidad que redujera la intimidad del momento. El frío tan tenue hace que mi padre recuerde viejos días. En el frío resulta más fácil conectarse con las personas que perdimos, resulta más fácil extender los brazos y tocar los rostros que ya no están más, resulta más fácil dibujarlos en el aire, sentirlos cerca, hacerles campo a todos esos fantasmas que saben nuestros nombres, que los llevan tatuados en sus frentes. Quisiera, como en el sueño de la otra noche, entrar en su cerebro y mirar lo que hay allí desparramado: las razones para quemar una casa donde vivió casi diez años, donde cocinó con mi madre o con otras mujeres que lo hicieron feliz. Verme allí adentro, verme convirtiéndome en hombre. Verme jugando fútbol en canchas que desaparecieron, que ahora son el lugar donde edificaron estacionamientos. Parte de mi vida, la mejor parte, debe estar en toda esa química, en todos esos impulsos eléctricos. Acabará cuando mi padre muera. Por eso ahora me cuesta soportar su mirada, me cuesta evitar pensar en todo aquello que esa mirada sugiere.

¿Querés tocar? Te apuesto a que cabe tu dedo, dice.

Y yo asiento pero no hago nada. Me quedo quieto ahí, sin limpiarme el barro que cubre mi cara.

¿Te duele?, pregunto pasándole un dedo por el vendaje.

Ahora no, hace un rato sí, pero ya no.

Dejamos de hablar, poco a poco nos vamos quedando dormidos mientras la lluvia cae sobre mi auto y sobre los muebles del jardín, sobre la cortadora de césped y sobre la ropa que olvidé meter. Cae con fuerza, sumiendo al mundo en un ruido que no llega a ser estridente y que se convierte en el fondo perfecto para diluirnos, para apagarnos de a poco, muy lentamente.

La Ola

Liliana Colanzi

La Ola regresó durante uno de los inviernos más feroces de la Costa Este. Ese año se suicidaron siete estudiantes entre noviembre y abril: cuatro se arrojaron a los barrancos desde los puentes de Ithaca, los otros recurrieron al sueño borroso de los fármacos. Era mi segundo año en Cornell y me quedaban todavía otros tres o cuatro, o puede que cinco o seis. Pero daba igual. En Ithaca todos los días se fundían en el mismo día.

La Ola llegaba siempre de la misma manera: sin anunciarse. Las parejas se peleaban, los psicópatas esperaban en los callejones, los estudiantes más jóvenes se dejaban arrastrar por las voces que les susurraban espirales en los oídos. ¿Qué les dirían? “No estarás nunca a la altura de este lugar. Serás la vergüenza de tu familia”. Ese tipo de cosas. La ciudad estaba poseída por una vibración extraña. Por las mañanas me ponía las botas de astronauta para salir a apalea la nieve, que crecía como un castillo encima de otro, de manera que el cartero pudiera llegar a mi puerta. Desde el porche podía ver la Ola abrazando a la ciudad con sus largos brazos pálidos. La blancura refractaba todas las visiones, amplificaba las voces de los muertos, las huellas de los ciervos migrando hacia la falsa seguridad de los bosques. El viejo Sueño había vuelto a visitarme varias noches, imágenes del infierno sobre las que no pienso decir una sola palabra más. Lloraba todos los días. No podía leer, no podía escribir, apenas conseguía salir de la cama.

Había llegado la Ola y yo, que había pasado los últimos años de un país a otro huyendo de ella —como si alguien pudiera esconderse de su abrazo helado—, me detuve frente al espejo para recordar por última vez que la realidad es el reflejo del cristal y no lo otro, lo que se esconde detrás. “Esto soy yo”, me dije, todavía de este lado de las cosas, afinando los sentidos, invadida por la sensación inminente de algo que ya había vivido muchas veces.

Y me senté a esperar.

—¿Siente cosas fuera de lo normal?, preguntó el médico del seguro universitario, a quien le habían asignado la tarea de registrar la persistencia de la melancolía entre los estudiantes.

—No sé de qué me está hablando, dije.

Esa mañana me había despertado la estridencia de miles de pájaros aterrados sobrevolando el techo de la casa. ¡Cómo chillaban! Cuando corrí a buscarlos, tiritando dentro de mis pantuflas húmedas, solo quedaban finas volutas de plumas cenicientas manchando la nieve. La Ola se los había llevado también a ellos.

Pero, ¿cómo contarles a los demás sobre la Ola? En Cornell nadie cree en nada. Se gastan muchas horas discutiendo ideas, teorizando sobre la ética y la estética, caminando deprisa para evitar el flash de las miradas, organizando simposios y coloquios, pero no pueden reconocer a un ángel cuando les sopla en la cara. Así son. Llega la Ola al campus y arrastra de noche, de puntillas, a siete estudiantes, y lo único que se les ocurre es llenarte los bolsillos de Trazodone o regalarte una lámpara de luz ultravioleta.

Y pese a todo, creo sinceramente que debe haber un modo de mantenerla a raya a ella, a la Ola. A veces, como chispazos, intuyo que me asomo a ese misterio, solo para perderlo de inmediato en la oscuridad. Una vez —solamente una— estuve a punto de rozarlo. El asunto tiene que ver con la antena y se los voy a contar tal como lo recuerdo. Sucedió durante los primeros días de la temporada de los suicidios. Me sentía sola y extrañaba mi casa, la casa de mi infancia. Me senté a escribir.

Cuando llegué a Ithaca, antes de enterarme de Rancière y de Lyotard y de las tribulaciones de la ética y estética, creía ingenuamente que los estudios literarios servían para mantener encendida la antena. Así que alguna que otra noche, después de leer cien o doscientas páginas de un tema que no me interesaba, todavía me quedaban fuerzas para intentar escribir algo que fuera mío. El cuento que quería escribir iba del achachairú, que suena a nombre de monstruo pero se trata, en realidad, de la fruta más deliciosa del mundo:

por fuera es de un anaranjado violento y por dentro es carnosa, blanca, dulce, ligeramente ácida, y por alguna razón incomprensible se da únicamente en Santa Cruz. Deseaba poder decir algo sobre esta fruta, algo tan poderoso y definitivo que fuera capaz de devolverme a casa. En mi cuento había achachairuses, pero también un chico y una chica, y padres y hermanos y una infancia lejana en una casa de campo que ya no existía sino en mi historia, y había odio y dolor, y la agonía de la felicidad y el frío de la muerte misma. Estuve sentada hasta muy tarde tratando de sintonizar con los conflictos imaginarios de estos personajes imaginarios que luchaban por llegar hasta mí.

En un determinado momento sentí hambre y fui en busca de un vaso de leche. Me senté junto a la ventana mirando cómo la ligera nieve caía y se desintegraba antes de tocar la tierra congelada donde dormían escondidas las semillas y las larvas. De pronto tuve una sensación muy peculiar: me vi viajando en dirección opuesta a la nieve, hacia las nubes, contemplando en lo alto mi propia figura acodada a la ventana en esa noche de invierno.

Desde arriba, suspendida en la oscuridad y el silencio, podía entender los intentos de ese ser de abajo —yo misma— por alcanzar algo que me sobrepasaba, como una antena solitaria que se esfuerza por sintonizar una música lejana y desconocida. Mi antena estaba abierta, centelleante, llamando, y pude contemplar a los personajes de mis cuentos como lo que en verdad eran: seres que a su vez luchaban a ciegas por llegar hasta mí desde todas las direcciones. Los vi caminando, perdiéndose, viviendo: entregados, en fin, a sus propios asuntos incluso cuando yo no estaba ahí para escribirlos. Descendían por mi antena mientras yo, distraída con otros pensamientos, bebía el vaso de leche fría en esa noche también fría de noviembre o diciembre, cuando la Ola todavía no hacía otra cosa que acariciarnos.

De tanto en tanto algunas de las figuras —un hombre de bigote que leía el periódico, un adolescente fumando al borde de un edificio, una mujer vestida de rojo que empañaba el vidrio con su aliento alcohólico— intuían mi presencia y hacían un alto para percibirme con una mezcla de anhelo y estupor. Tenían tanto miedo de mí como yo de la Ola, y ese descubrimiento fue suficiente para traerme de regreso a la silla y al vaso de leche junto a la ventana, al cuerpo que respiraba y que pensaba y que otra vez era mío, y empecé a reír con el alivio de alguien a quien le ha sido entregada su vida entera y algo más.

Quise hablar con las criaturas, decirles que no se preocuparan o algo por el estilo, pero sabía que no podían escucharme en medio del alboroto de sus propias vidas ficticias. Me fui a dormir arrastrada por el murmullo de las figuritas, dispuesta a darles toda mi atención luego de haber descansado. Pero al día siguiente las voces de las criaturas me evadían, sus contornos se esfumaban, las palabras se desbarrancaban en el momento en que las escribía: no había forma de encontrar a esos seres ni de averiguar quiénes eran.

Durante la noche mi antena les había perdido el rastro.

Ya no me pertenecían.

De chica, cuando la Ola me encontraba por las noches, corría a meterme a la cama de mis padres. Dormían en un colchón enorme con muchas almohadas y yo podía deslizarme entre los dos sin despertarlos. Me daba miedo quedarme dormida y ver lo que se escondía detrás de la oscuridad de los ojos. La Ola también vivía ahí, en el límite del sueño, y tenía las caras de un caleidoscopio del horror. La estática de la televisión, que permanecía encendida hasta el amanecer, zumbaba y parpadeaba como un escudo diseñado para protegerme. Me quedaba inmóvil en la inmensa cama donde persistían, divididos, los olores tan distintos de papá y mamá. “Si viene la Ola”, pensaba, “mis padres me van a agarrar fuerte”. Bastaba con que dijera algo para que uno de los dos abriera los ojos. “Y vos, ¿qué hacés aquí?”, me decían, aturdidos, y me pasaban la almohada pequeña, la mía.

Mi padre dormía de espaldas, vestido solo con calzoncillos. La panza velluda subía y bajaba al ritmo de la cascada pacífica de sus ronquidos y esa cadencia, la de los ronquidos en el cuarto apenas sostenido por el resplandor nuclear de la pantalla, era la más dulce de la tierra. Estaba segura de que él no experimentaba eso, la soledad infinita de un universo desquiciado y sin propósito. Aunque todavía no pudiera darle un nombre, Eso, lo otro, estaba reservado para los seres fallados como yo.

Papá era diferente. Papá era un asesino. Había matado a un hombre años antes de conocer a mamá, cuando era joven y extranjero y trabajaba de fotógrafo en un pueblo en la frontera con Brasil. Fue un accidente estúpido. Una noche, mientras cerraba el estudio, fue

a buscarlo su mejor amigo. Era un conocido peleador y un mujeriego, un verdadero hombre de mundo, y papá lo reverenciaba. El tipo intentó venderle un revólver robado y papá, que no sabía nada de armas, apretó el gatillo sin querer: su amigo murió camino al hospital.

Después no sé muy bien lo que pasó.

Me enteré de todo esto el día en que detuvieron a papá por ese asunto de la estafa. Me lo contó mamá mientras la pila de papeles ardía en una fogata improvisada en el patio; las virutas de papel quemado viajaban en remolinos que arrastraba el viento. Mamá juraba que la policía estaba a punto de allanar la casa en cualquier momento y quería deshacerse de cualquier vestigio de nuestra historia familiar. Su figura contra el fuego, abrazándose a sí misma y maldiciendo a Dios, era tan hermosa que me hacía daño.

En resumen: la policía nunca allanó nuestra casa, el juicio por estafa no prosperó y mi padre regresó esa madrugada sin dar explicaciones. Mamá no volvió a mencionar el tema. Pero yo, milagrosamente, empecé a mejorar. Permanecía quieta en la oscuridad de mi cuarto, atenta a los latidos regulares de mi propio corazón. “Mi padre ha matado a alguien”, pensaba cada noche, golpeada por la enormidad de ese secreto. “Soy la hija de un asesino”, repetía, inmersa en un sentimiento nuevo que se aproximaba al consuelo o a la felicidad.

Y me dormía de inmediato.

Años más tarde emprendí la huida.

Era la Nochebuena y papá se quedó dormido después de la primera copa de vino. Al principio parecía muy alegre. Mamá se había pasado la tarde en el salón de belleza. Papá, desde su silla, la seguía con ojos asombrados, como si la viera por primera vez.

—¿Me queda bien?, preguntó mamá tocándose el pelo, consciente de que estaba gloriosa con los tacos altos y el peinado nuevo.

—¿Y ella quién es?, me susurró papá.

—Es tu mujer, le dije.

Mamá se quedó inmóvil. Nos miramos iluminadas por los fuegos artificiales que rasgaban el cielo.

–¿Por qué está llorando?, me dijo papá al oído.

–Papá, imploré.

–Es una bonita mujer, insistió papá. Decile que no llore. Vamos a brindar. –Ya basta, dijo mamá, y se metió en la casa.

En el patio el aire olía a pólvora y a lluvia. Cacé un mosquito con la mano: estalló la sangre. Papá contempló la mesa con el chanco, la ensalada de choclo y la bandeja con los dulces, y frunció la cara como un niño pequeño y contrariado.

–Esta es una fiesta, ¿no? ¿Dónde está la música? ¿Por qué nadie baila?

Me invadió un calor sofocante.

–Salud por los que..., llegó a decir papá, con la copa en alto, y la cabeza se le derrumbó sobre el pecho en medio de la frase.

Nos costó muchísimo cargarlo hasta el cuarto, desvestirlo y acomodarlo sobre la cama. Intentamos terminar la cena, pero no teníamos nada de qué hablar, o quizás evitábamos decir cosas que nos devolvieran a la nueva versión de papá. Juntas limpiamos la mesa, guardamos los restos del chanco y apagamos las luces del arbolito –un árbol grande y caro en una casa donde no existían niños ni regalos– y nos fuimos a acostar antes de la medianoche.

Más tarde unos aullidos se colaron en mis sueños. Parecían los gemidos de un perro colgado por el cuello en sus momentos finales en este planeta. Era un sonido obscuro, capaz de intoxicarte de pura soledad. Dormida, creí que peleaba otra vez con el Viejo Sueño. Pero no. Despierta, yo todavía era yo y el aullido también persistía, saliendo en estampida del cuarto contiguo.

Encontré a papá tirado en el piso, a medio camino entre la cama y el baño, peleando a ciegas en un charco de su propio pis.

–Teresa, Teresa, amor mío, lloraba, y volvía a gritar y a retorcerse.

Mamá ya estaba sobre él.

–¿Vos conocés a alguna Teresa?, me preguntó.

–No, le dije, y era verdad.

La cara contorsionada de papá, entregada al terror sin dignidad alguna, revelaba todo el desconsuelo de nuestro paso por el mundo: él no podía contarnos lo que veía y mamá y yo no podíamos hacer nada para contrarrestar nuestro desamparo. Recuerdo la rabia subiendo por el estómago, anegando mis pulmones, luchando por salir. Mi padre no era un asesino: era apenas un hombre, un cobarde y un traidor.

Mientras yo trapeaba el pis mamá metió a papá bajo la ducha; él continuaba durmiendo y balbuceando. Al día siguiente despertó tranquilo. Estaba dócil y extrañado, tocado por la gracia. No recordaba nada. Sin embargo, algo malo debió haberseme metido esa noche, porque desde entonces comencé a sentir que mi cuerpo no estaba bien plantado sobre la tierra. ¿Y si la ley de la gravedad se revertía y terminábamos disparados hacia el espacio? ¿Y si algún meteorito caía sobre el planeta? ¿Qué sentido tenía todo? No me interesaba acercarme a ningún misterio. Quería clavar los pies en este horrible mundo porque no podía soportar la idea de ningún otro.

Poco después, temerosa de la Ola y de mí misma, inicié la fuga.

La llamada llegó durante una tormenta tan espectacular en que, por primera vez en muchos años, la universidad canceló las clases. Llegabas a perder la conciencia de toda civilización, de toda frontera más allá de esa blancura cegadora. La tarde se mezclaba con la noche, los ángeles bajaban sollozando del cielo y yo esperaba la llegada de un mesías, pero lo único que llegó esa tarde fue la llamada de mamá. Llevaba días esperando que sucediera algo, cualquier cosa. No puedo decir que me sorprendió. Casi me alegré de escuchar su voz cargada de rencor.

–Tu padre se ha vuelto a caer. Un golpe en la cabeza, me informó.

–¿Es grave?

–Sigue vivo.

–No hay necesidad de ponerse sarcástica, le dije, pero mamá ya había colgado.

Compré el pasaje de inmediato. El agente de la aerolínea me advirtió que todos los vuelos estaban retrasados por causa de la tormenta. En el avión no pude dormir. No era la turbulencia lo que me mantenía despierta. Era la certeza de que, si mi padre no llegaba a tener una muerte digna, entonces yo estaba condenada a vivir una vida miserable. No sé si esto tiene algún sentido.

Treinta y seis horas más tarde, y aún sin poder creerlo del todo, había aterrizado en Santa Cruz y un taxi me llevaba a la casa mis padres. Acababa de llover y la humedad se desprendía como niebla caliente del asfalto. El conductor que me recogió esa madrugada manejaba un Toyota reciclado, una especie de collage de varios autos que mostraba sus tripas de cobre y aluminio. El taxista era un tipo conversador. Estaba al tanto de las noticias. Me habló del reciente tsunami en el Japón, del descongelamiento del Illimani, de la boa que habían encontrado en el Beni con una pierna humana adentro.

–Grave nomás había sido el mundo, ¿no, señorita?, dijo, mirándome por el espejo retrovisor, un espejo chiquito y descolgado sobre el que se enroscaba un rosario.

Mi padre había pedido morir en casa. Hacía años que había comprado un mausoleo en el Jardín de los Recuerdos, un monumento funerario con lápidas de granito que llevaban nuestros nombres, las fechas de nuestros nacimientos contiguas a una raya que señalaba el momento incierto de nuestras muertes.

–Allá donde usted vive, ¿es igual?, preguntó el taxista.

–¿Qué cosa?, dije, distraída.

–La vida, pues, qué más.

–Cuando aquí hace calor, allá hace frío, y cuando aquí hace frío, allá hace calor, le dije para sacármelo de encima.

El taxista no se dio por vencido.

–Yo no he salido nunca de Bolivia, dijo. Pero gracias al Sputnik conozco todo el país.

–¿El Sputnik?

–La flota para la que trabajaba.

A los dieciséis años dejó embarazada a una chica de su pueblo. El padre de ella era chofer del Sputnik y lo ayudó a encontrar trabajo en la misma compañía. Él conducía casi siempre en el turno de la noche. De Santa Cruz a Cochabamba, de Cochabamba a La Paz, de La Paz a Oruro, y así. En los pueblos conseguía mujeres; a veces las compartía con el otro chofer de turno.

–Perdone que le cuente esto, me dijo el taxista, pero esa es la vida de carretera.

Un día, mientras partía de Sorata a un pueblo cuyo nombre no recuerdo, una cholita suplicó que le permitieran viajar gratis.

–La chola se plantó frente a los pasajeros. La mayoría comía naranjas, dormía, se tiraba pedos o miraba una película de Jackie Chan. Se presentó. Se llamaba Rosa Damiana Cuajira. Nadie le prestó atención aparte de un hombre mayor, un yatiri viejo que llevaba una bolsa de coca abierta sobre las rodillas.

Su historia era sencilla y a la vez extraordinaria. Era la hija de un minero. Su padre consiguió un permiso para trabajar en una mina de cobre en Chile, en Atacama, pero ella tuvo que quedarse con su madre y sus hermanos en la frontera, en un lugar tan olvidado que no tenía nombre. Había sido pastora de llamas toda su vida. Un día su madre enfermó. De un momento a otro no pudo salir de la cama. Rosa Damiana fue en busca del curandero que vivía al otro lado de la montaña, pero cuando llegó la vieja mujer del curandero le contó que lo acababan de enterrar.

Cuando la chica volvió su madre yacía en la litera, en la misma posición en la que la había dejado, respirando con la boca abierta. “Mamá”, la llamó, pero su madre ya no la

escuchaba. Preparó el almuerzo para sus hermanos, encerró a las llamas en el establo y corrió a buscar a su padre al otro lado del desierto.

Cruzó la frontera electrizada por el temor de que la encontraran los chilenos. Había escuchado todo tipo de historias sobre ellos. Algunas eran ciertas. Por ejemplo, que habían escondido explosivos debajo de la tierra. Bastaba con pisar uno y tu cuerpo estallaba en un chorro de sangre y vísceras.

¿Qué más había en el desierto? Rosa Damiana no lo sabía. Tenía doce años y la voluntad de encontrar a su padre antes de que la alcanzara la oscuridad. Caminó hasta que el sol de los Andes le nubló la vista. Finalmente se sentó al pie de un cerro a descansar y a contemplar la soledad de Dios. Sabía que era el fin. No podía caminar más, sus pies estaban congelados. Las últimas luces ardían detrás de los contornos de las cosas. Un grupo de cactus crecía cerca del cerro con sus brazos de ocho puntas estirados hacia el cielo. Rosa Damiana arrancó un pedazo de uno de ellos. Comió todo lo que pudo, ahogándose en su propio vómito, y pidió morir.

Cuando abrió los ojos creyó que había resucitado en un lugar fulgurante. Era todavía de noche —lo advertía por la presencia de la luna—, pero su vista captaba las líneas más remotas del horizonte con la precisión de un zorro. Su cuerpo resplandecía en millones de partículas de luz. Al lado de su vómito, los cactus se habían transformado en pequeños hombres con sombreritos. Rosa Damiana conversó un largo rato con ellos. Eran simpáticos y reían mucho, y Rosa Damiana se doblaba de risa con ellos. No comprendía por qué había estado tan triste antes. Ya no sentía frío, sino más bien un agradable calor que la llenaba de energía. Su cuerpo estaba liviano y sereno.

Rosa Damiana miró al cielo líquido y conoció a los Guardianes. Algunas eran figuras amables, ancianos con largas barbas y ojos benévolos. Había también criaturas inquietantes, lagartijas de ojos múltiples que lanzaban lengüetazos hacia ella. La chica se tiró de espaldas en la tierra. “¿Dónde estoy?”, pensó, perpleja. Las formas de las estrellas danzaban ante sus ojos. Rosa Damiana no supo cuánto tiempo permaneció así. Poco a poco fue recordando quién era y qué la había traído hasta el desierto.

Se levantó, les hizo una breve reverencia a los hombrecitos verdes, quienes a su vez inclinaron sus pequeños sombreros de ocho puntas, y prosiguió su camino. Fosforescían el desierto, las montañas, las rocas, su interior. Dejó atrás un promontorio que acababa en una larga planicie de sal. Recordó que mucho tiempo atrás todo ese territorio había sido una inmensa extensión de agua habitada por seres que ahora dormían, disecados, bajo el polvo. Rosa Damiana sintió en sus huesos el grito de todas esas criaturas olvidadas y supo, alcanzada por la revelación, que al amanecer encontraría a su padre y que su madre no iba a morir porque la tierra aún no la reclamaba. Conoció el día y la forma de su propia muerte, y también se le develó la fecha en la que el planeta y el universo y todas las cosas que existen dentro de él serían destruidas por una tremenda explosión que ahora mismo —mientras yo, con la antena encendida, imagino o convoco o recompongo la historia de un taxista, atenta a la presencia de la Ola, que de vez en cuando me cosquillea la nuca con sus largos dedos— sigue la trayectoria de miles de millones de años, hambrienta y desenfrenada hasta que todo sea oscuridad dentro de más oscuridad. Era una visión sobrecogedora y hermosa, y Rosa Damiana se estremeció de lástima y júbilo.

Poco después la flota llegó a Sorata y Rosa Damiana se bajó de inmediato entre la confusión de viajeros y comerciantes. El chofer, intuyendo que había sido testigo de algo importante que se le escapaba, la buscó con la vista. Preguntó al ayudante por el paradero del yatiri, pero el chico —“que era medio imbécil”, aclaró el taxista, o quizás lo pensé yo— estaba entretenido jugando con su celular y no había visto nada.

—Pude haberlo agarrado a patadas ahí mismo, dijo. Pude haberlo matado si me daba la gana. Pero en vez de eso busqué la botella de singani y me emborraché.

La historia de la cholita se le metió en la cabeza. No lo dejaba en paz. A veces dudaba. “¿Y si es verdad?”, se preguntaba una y otra vez. Había tantos charlatanes.

—Yo soy un hombre práctico, señorita, dijo el taxista. Cuando se acaba el trabajo, me duermo al tiro. Ni siquiera sueño. No soy de los que se quedan despiertos dándoles vueltas a las cosas. Eso siempre me ha parecido algo de mujeres, sin ofenderla. Pero esa vez...

Esa vez fue distinto. Perdió el gusto por los viajes. Todavía continuaba persiguiendo a mujeres entre un pueblo y otro, pero ya no era lo mismo. Todo le parecía sucio, ordinario, irreal. Se pasaba noches enteras mirando a su mujer y a sus hijos, que crecían con tanta rapidez –los cinco dormían en el mismo cuarto–, y a veces se preguntaba qué hacían esos desconocidos en su casa. No sentía nada especial por ellos. Hubieran podido reemplazarlos y a él le habría dado lo mismo. Empezó a buscar el rostro de Rosa Damiana en cada viajero que subía a su flota. Preguntaba por ella en los pueblos por los que pasaba. Nadie parecía conocerla. Llegó a pensar que todo había sido un sueño, o peor aún, que él era parte de alguno de los sueños que Rosa Damiana había abandonado en el desierto. Empezó a beber más que de costumbre.

Un día se durmió al volante mientras cruzaban el Chapare. El Sputnik rebotó cinco veces antes de quedar suspendido en un barranco. Antes de desmayarse lo invadió una enorme claridad. Lo último que vio fue al ayudante. Sus ojos lo atravesaron por completo hasta que ambos fueron uno solo. Luego todo se apagó. En total murieron cinco pasajeros en el accidente, entre ellos dos niños. Pasó un tiempo en el hospital y otro en San Sebastián, pero el penal estaba tan atestado que lo dejaron salir antes de tiempo. Entonces se compró su propio taxi, ese insecto en el que transitábamos ahora la semioscuridad del cuarto anillo de esa ciudad a la que me había prometido no volver.

–Así es, señorita, se acabó la época de los viajes para mí, me dijo con la tranquilidad de quien acaba de sacarse el cuerpo de encima.

La humedad del trópico había dado paso a un amanecer transparente y frágil. Los comerciantes se acercaban a la carretera con sus carretillas rebosantes de mangas, sandías y naranjas. Pensé que lo primero que me gustaría hacer al llegar a casa –y me di cuenta de que la palabra “casa” había venido a mí sin ningún esfuerzo– era probar la acidez refrescante de un achachairú, aunque probablemente ya había pasado la temporada. El taxista encendió la radio. Contra todo pronóstico, funcionaba. “Yo quiero ser un triunfador de la vida y del amor”, cantaban Los Iracundos a esa extraña hora, y el taxista llevaba el ritmo silbando mientras el aire explotaba con la proximidad del día.

–¿Y para qué quería encontrarla?, le pregunté.

–¿A quién?, me dijo, distraído.

–A Rosa Damiana.

–Ah.

El hombre se encogió de hombros. “Con el saco sobre el hombro voy cruzando la ciudad, uno más de los que anhelan...”, gritaba la radio. Rosa Damiana se perdía a la distancia en una niebla metálica. O quizás era el océano. Mi padre navegaba más allá del bien y el mal, sumergido en el gran misterio. Su cuerpo todavía respiraba, pero él ya habría abandonado este mundo con todos sus secretos.

El taxista se dio la vuelta para mirarme.

–Quería saber si me había embrujado, me dijo con un poco de vergüenza.

Se disculpó de inmediato:

–No me haga caso. Solo los indios creen en esas cosas. A veces no me doy cuenta ni de lo que estoy hablando.

Puede que el taxista haya añadido algo más, pero eso es algo que nunca sabré. Ahí, bajo la luz dorada, estaba la casa de mi infancia. Las nubes que se desgajaban en lágrimas. El largo viaje. El viejo Sueño. La Ola suspendida en el horizonte, al principio y al final de todas las cosas, aguardando. Mi corazón gastado, estremecido, temblando de amor.

La mujer del jinete

Sebastián Antezana

El electrocardiógrafo emitía una serie de suaves pitidos. Tan suaves, que si uno no se esforzaba era difícil escucharlos a esa hora de la mañana. En la blanca cama del blanco cuarto Juan dormía tranquilamente, como si realmente durmiera. A sus pies, sentada en una incómoda silla de fierro, Carmen trataba de controlarse, de no mover mucho las manos, de no entregarse a la angustia. Hacía una semana que estaba prácticamente instalada en el hospital y el ambiente esterilizado y plástico comenzaba a afectarla.

Empezó como una curiosidad. Una noche estaban cenando en casa y, sin ningún aviso, sin nada que medie entre el ritmo normal de la comida y la abrupta llanura que sobrevino entonces, Juan comenzó a jugar con la milanesa y el puré y empezó a mirarla extrañado, sin reconocerla. Hola..., le dijo con voz dubitativa, un insecto que examina con las antenas el objeto que encuentra frente a él. Hola, repitió, ¿qué haces aquí? La veía con desconfianza, tratando de encontrar en su rostro indicios de quién era. Mientras hablaba, con el tenedor, disimulando su desconcierto, dibujaba surcos en el puré de papas, pequeños caminos que iban de un extremo al otro del plato pero que milímetros antes del borde se empantanaban y terminaban por no llegar a ninguna parte. Carmen pensó inmediatamente en el accidente, en la caída, pero al poco tiempo desechó esas imágenes y trató de cambiar de tema. Oye, Juan, le dijo suavemente, ahora que terminemos de comer podemos salir a ver el cielo. ¿Te acuerdas? Como hacíamos en nuestro primer viaje. Sé que aquí las estrellas no están tan cerca ni se ven tan bonitas como las de Río Negro, pero da lo mismo. Terminamos esto y salimos, ¿te parece? Juan, viéndola todavía con curiosidad, como tratando de entender quién era y qué hacía cenando con él, se metió a la boca un enorme bocado de milanesa que masticó en silencio. Por la ventana de la cocina, apenas un tragaluz mínimo que daba a la calle, entraban, atenuados, los sonidos propios de la noche, ladridos de algún perro nervioso, el motor de un camión de basura que se alejaba, el viento ululante entre jirones de oscuridad. Después, tras dejar los platos sucios sobre la mesa y salir por la puerta trasera de la casa, pasaron horas echados sobre el pasto húmedo del jardín, como habían hecho en su viaje de recién casados, buscando en el cielo nublado de esa noche algún indicio de las estrellas distantes y hermosas que sentían brillantes sobre sus cabezas.

Carmen y Juan se casaron poco antes del accidente, apenas pasados los treinta años, y decidieron que antes de tener hijos vivirían en pareja por un tiempo. Carmen trabajaba como gerente de una agencia de turismo y Juan era un abogado junior en uno de los estudios importantes de la ciudad. Vivían tranquilos. A ambos les iba relativamente bien con el dinero, así que los fines de semana, cuando no tenían compromisos familiares ni se habían llevado ocupaciones a la casa, se iban al country club donde Juan montaba a caballo con sus amigos mientras Carmen se bronceaba al borde de la piscina. Juan cabalgaba desde pequeño, desde que su padre lo adoctrinó en esa afición que en la familia ya tenía décadas, y esas escapadas de sábado lo conectaban con una zona de su pasado que la mayoría del tiempo permanecía remota. Le gustaba recorrer el picadero y los grandes descampados del club, disfrutaba la libertad de la monta, la posibilidad de lanzarse a cabalgar por horas, de sentir cómo el caballo era una extensión de su voluntad, una manifestación física de su necesidad de movilidad, y no tanto el lado competitivo del asunto, las carreras que se armaban en el club. Él era, después de todo, un hombre reservado, se consideraba más bien sentimental y no un competidor. No tenía caballo propio pero como era un habitual le alquilaban uno semanalmente, una enorme yegua café oscuro, grandes ojos y carrera estable. Sobre ella, galopando en las largas pistas, sintiendo bajo su cuerpo una masa de músculo y sangre palpitante, Juan se sentía feliz, completamente feliz. En casa, con Carmen, también lo era, aunque algunas noches, cuando no podía dormir por culpa de un dolor de cabeza o porque los perros del barrio ladraban todos a coro, se confesaba cerrando los ojos que ella no había sido su primera opción, que la quería pero que con ella se aburría un poco. Carmen nunca tenía insomnio. Dormía toda la noche a su lado, oliendo a la crema corporal que se ponía siempre antes de acostarse y respirando suavemente.

Unas semanas después del episodio del jardín volvió a ocurrir. Habían pasado el sábado echados en los sillones de la sala, dormitando y respirando con dificultad el calor atosigante de la tarde, así que cuando cayó la noche decidieron moverse, salir a cualquier lugar. Eligieron un pequeño cine del barrio que anunciaba una película independiente y tenía aire acondicionado. Allí, en la oscuridad de la sala, junto a las otras cuatro o cinco personas que veían mudas la película, fueron testigos de un argumento intrigante. En un vuelo que salía

desde Buenos Aires con destino a Los Ángeles dos hombres volaban sentados lado a lado en una de las primeras filas de un avión, inmediatamente detrás de los asientos de primera clase. Uno, el más grande y evidentemente musculoso, le decía al otro, de más edad, bajo y de mirada autoritaria, que no podía más, que no sabía si iba a poder guardar el secreto, que lo que habían hecho era demasiado terrible. El hombre bajo y autoritario esperó a que pase la azafata repartiendo bandejas de comida. Cuando llegó a su lado le dedicó una sonrisa experimentada e indicó que prefería la pasta antes que el pollo. Después que la azafata se hubo ido comenzó a sacarle el plástico y el papel de aluminio a la pequeña cajita que contenía su almuerzo, y mientras tragaba un bocado volvió a dirigirse a su compañero y a decirle que por favor tratara de aguantarse. Mira, no entiendo por qué lo hicimos, pero tenemos que olvidarnos de lo que pasó en Argentina. Fue un desastre, lo sabemos los dos, todo fue un desastre. La supuesta película, el viaje y el desierto. Y, claro, la chica esa. Mientras hablaba, sus ojos parecían dos pequeñas explosiones verdes al fondo de un túnel negro. Estábamos perdidos, siguió. No había nadie alrededor. Nadie vio nada y nadie tiene que saber nada. Dios, ¡casi nos morimos de sed y hambre! El hombre musculoso lo miraba cabizbajo, sin animarse a asentir. El hombre bajo y autoritario continuaba. Mira, lo hicimos los dos, tú y yo. Pero tú empezaste por celos, no sé, te volviste loco. En realidad no había motivo para que la toques. Y luego lo que hiciste con esa piedra... Mientras hablaba se metía grandes pedazos de una especie de pastel de fideo con salsa coagulada a la boca. Tú decidiste hacer lo que decidiste hacer y yo te seguí porque ya no hubo marcha atrás, siguió diciendo el hombre bajo y autoritario. Y todo porque creíste que había algo entre ella y yo... Bah, nada más absurdo. Sentado a su lado, el hombre musculoso lo miraba en silencio y con un gesto de tristeza. Por la ventana del avión se veía un cielo moteado de nubes blancas, un confortable colchón mullido en medio del azul. Acepto que terminé por ayudarte, siguió el hombre bajo y autoritario, pero a mí la chica me pareció una buena persona desde el principio. Así que está en tus manos, siguió. Sea como sea, no entiendo por qué tuviste que hacerle eso. No teníamos agua ni comida y estaba ese maldito chaco, esa tierra abandonada. Así como está, ya nadie podrá reconocerla... El avión planeaba limpiamente, casi sin ruido, y dentro del cilindro ahuecado de la cabina de pasajeros no se percibía el más mínimo movimiento. Parecía que eso era todo, que no iba a pasar nada más. La mayoría de los pasajeros dormía después de almorzar y en la primera fila de la clase

turista el hombre bajo y autoritario, casi entre susurros, trataba de convencer al hombre musculoso de guardar el secreto de lo que habían hecho.

Hasta que pasó algo. Cerca al final de la película, Carmen sintió que Juan, revolviéndose en el asiento, dejaba lo que ocurría en la pantalla y se le quedaba viendo detenidamente. Algunos minutos antes el aire acondicionado había dejado de funcionar y notó que una pátina de sudor le empañaba la frente, pero la ola de calor que comenzaba a asfixiarla provenía de un sitio más recóndito, de un lugar de profunda extrañeza. Comenzó a respirar con dificultad, como si una espina le estuviera obstruyendo la tráquea. Sabía que algo malo sucedía y sin poder contenerse recordó lo que había pasado hacía unos meses, el accidente, el golpe en la cabeza. Y entonces escuchó la voz grave, desconocida. Ah, decía su esposo en medio de la oscuridad, eres tú de nuevo. Resoplaba como un animal viejo, como un perro con los pulmones repletos de agua. Eres tú, ¿verdad? En la pantalla el avión continuaba impasible su viaje. No entiendo bien qué es lo que haces aquí, siguió Juan... ¿Qué estás haciendo? Carmen se dio la vuelta y vio que su esposo la miraba desde una máscara de madera dura y ennegrecida, como si la mirara desde una enorme distancia. Respiró hondo y trató de decirle algo, ¿qué te pasa, Juan? ¿Qué es lo que tienes? Pero no pudo. Lo único a lo que atinó, como la vez pasada, fue a seguirle el juego. Estamos en el cine, cariño, ¿recuerdas? Decidimos venir porque nos aburríamos y nos moríamos de calor en la casa... Y no dijo más porque su esposo tenía una expresión que no había visto antes, un gesto idiota. Estaba desconectado del mundo y su rostro se había vaciado. Ya no la escuchaba. Estaba solo en algún lugar al que ella no podía llegar.

Tras algunos días sin incidentes, un domingo, volvió a pasar. Ya era de noche y se disponían a acostarse después de haber leído largamente los periódicos del fin de semana, cuando Juan asomó la cabeza grande y despeinada por la puerta de la cocina. Me llaman el oscuro, me llaman el oscuro, dijo confundido desde el umbral. Pese a que Carmen vigilaba constantemente su dieta, lo vio flaco, desarmado, como un paciente cercano al desahucio. Me llaman el oscuro y habito el resplandor. Mientras se acercaba al sillón donde Carmen lo veía impotente, aumentaba el volumen de la voz y ampliaba el movimiento de los brazos. Juan el jinete, Juan el extraño de manos desnudas. Me llaman el oscuro y me responden con

oscuridad, siguió en un susurro, los labios hinchados de sangre. Le hablaba con cierto irreprimible cansancio, todavía sin reconocerla. Estás aquí otra vez, escuchó Carmen que le decía, otra vez. Si vas a quedarte puedes acomodarte en el sillón. Mientras lo oía Carmen sentía crecer una bola en su garganta. Algo estaba mal entre los dos, algo fundamental se había roto. No podía concebir qué pensaba su esposo de ella, pero entendió que no estaba bromeando así que se despidió de él con un beso en la mejilla y se acomodó en el sillón amarillento y desfondado de la sala. Desde que se cayó del caballo hacía cuatro meses Juan no había vuelto a ser el mismo. Las tomografías, las placas en blanco y negro que a Carmen le temblaban entre las manos, mostraban que la mayoría del cerebro estaba bien excepto por una pequeña región situada inmediatamente debajo y a la izquierda del lóbulo temporal, en el hipocampo, que exhibía una minúscula mancha blanca en mitad de la masa gris. El doctor dijo que en apariencia el golpe no dejaría más secuelas que posibles episodios de amnesia retrógrada, esporádicos brotes de vacío que podían contrarrestarse fácilmente si Carmen ayudaba a Juan a recordar, pero esa noche, recluida en el sillón de su propia casa, ella supo que no era cierto, supo que una parte fundamental de la memoria de su esposo había sufrido un ataque, un desperfecto estructural, y que eso, de alguna forma, podía acabar con muchas cosas.

Cuando Carmen se despertó en la mañana notó con sorpresa que Juan todavía no se había levantado. Generalmente era el primero en hacerlo. Salía de la cama sin despertarla cerca al amanecer, preparaba el desayuno para ambos y luego se daba un largo baño antes de vestirse y alistarse para ir al trabajo. Pero esa mañana la casa estaba totalmente en silencio. Carmen se levantó del sillón, cruzó nerviosamente la sala y cuando entró al dormitorio lo vio allí, tirado en el piso, con el torso desnudo, los ojos abiertos y las pupilas vueltas para arriba, como un fantasma paralizado. Carmen se puso a gritar. Llamó al vecino y le pidió que la ayudara a meterlo al auto, y una vez dentro condujo como una loca hasta el hospital. Allí le dijeron que Juan había sufrido un infarto cerebral. Piénselo como un infarto cardiaco pero que afecta una región relativamente pequeña y específica del cerebro, le dijo el doctor. Tardará quizás un par de días en recuperar la conciencia pero la recuperará. No se preocupe, señora. Carmen imaginó que en el cerebro de su marido el blanco, el vacío, poco a poco le iba ganando terreno al gris, a los recuerdos, a esas zonas de la memoria que

guardaban su historia en común. La que tenía lugar en la cabeza de Juan era una guerra silenciosa, una batalla de formas y colores que Carmen no lograba entender del todo, la representación de una sistemática degradación a la que asistía muda.

En el hospital Juan estuvo internado en un cuarto estrecho en el que las baldosas olían levemente a gasolina. Pese a que el lugar era relativamente prestigioso, por la urgencia de su caso le asignaron uno de los pocos cuartos disponibles y una cama que era apenas una camilla disfrazada, cubierta con varias colchas desvaídas y llenas de pelusa. Tenía puesta una de esas batas azules de papel plastificado que se sujetan al cuello con una cadenita y estaba dormido, con la cabeza grande y hermosa apoyada tranquilamente sobre la almohada. A su lado, una enfermera todavía joven le acomodaba la línea del suero y sostenía un par de electrodos que le salían del brazo y estaban conectados al electrocardiógrafo, que medía con parsimonia los latidos de su corazón. Juan tardó tres días en recobrar el conocimiento.

Cuando despertó, débil por la inactividad y el trauma de esos días, miró con extrañeza el ambiente en que se encontraba. Lo mareaban el blanco impoluto del cuarto y el olor que parecía permearlo todo, los muebles, la cama, la bata que llevaba puesta. Después sus ojos enrojecidos, velados tras un filtro de borrosa luminosidad, se concentraron en la primera silueta que reconocieron. Carmen estaba sentada en una silla de fierro, con los brazos sobre las piernas, restregándose la falda desde los muslos hasta las rodillas. Luego vio los cables que colgaban de sus brazos, la cama de hospital, las baldosas blancas del piso, los aparatos médicos que vibraban centímetros arriba de la cabecera. Y después, como en un sueño, la vio, regulando el goteo de una medicina que le entraba al cuerpo por vía intravenosa.

Carmen lo notó moverse y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Juan, cariño, le dijo mientras le acariciaba la cara. Qué bueno que despertaste. ¿Cómo te sientes? Juan la miró desorientado, le dijo que le dolía la cabeza y se restregó los ojos con las manos. Tenía la vaga noción de que había pasado algo malo, de que estaba en un lugar en el que necesitaba estar pero no entendía bien dónde. Entonces se quedó un minuto en silencio, como tratando de decidir si lo que iba a decir era correcto, tratando de aclarar la duda que lo asaltaba,

hasta que se decidió. De lo oscuro se sale al espanto de la luz. ¿Qué es este lugar? Hablaba como un bebé, un hombre empequeñecido. Al espanto de la luz. ¿Quién eres tú? Carmen se sintió desfallecer. Acercó su silla a la cama y decidió tratar una vez más. Por favor, Juan, por favor, trata de recordar. ¿Entiendes dónde estás? ¿Sabes qué te pasó? Pero Juan estaba como hipnotizado. Dejó de lado a su esposa y miraba extasiado a la enfermera que anotaba algo en una libreta.

Carmen sintió que debía hacer algo. Tomó con las manos la cara de su esposo y apoyándose en la almohada lo encaró. Juan, escúchame, por favor. Estás en el hospital. Mira estos aparatos, mira todo esto. Él la escuchaba en silencio, como queriendo descubrir un segundo discurso que parecía agazaparse tras sus palabras. ¿Puedes entenderlo? Mírala, dijo señalando a la enfermera. ¿Sabes quién es ella?, ¿sabes qué hace esta señorita? Entonces sucedió. Juan adoptó un semblante divertido, como si fuera un niño pequeño o un adolescente, y quitándose un mechón de pelo negro que le caía sobre la frente respondió. No sé quién es, pero es muy bonita. Es muy bonita. La enfermera, desde un extremo del cuarto, se ruborizó por un instante. La luz puede ser brutal, siguió, pero se atenúa si uno está cerca de ella. La enfermera lo miró sonriendo, tratando de disimular cierto nerviosismo, y tras ver el semblante descompuesto de Carmen salió rápidamente del cuarto. Sí, continuaba Juan desde la cama como un autómatas, me da mucho gusto estar con ella. Carmen salió detrás. La alcanzó en dos saltos y comenzó a hablar. Lo siento mucho, mi esposo se golpeó la cabeza hace unos meses y la semana pasada tuvo un ataque. Parece que una sección del cerebro está comprometida... No me recuerda, dijo conteniendo un sollozo, y al parecer le gustas. Espero que no te sientas incómoda... Habló sin respirar, irrestrictamente, como si no hubiera hablado con nadie en semanas, tratando de apaciguar la extrañeza en un solo golpe de voz, sin darse cuenta de que hablaba casi a gritos. La enfermera la escuchó en silencio, la vio con cierta curiosidad, con tristeza, y le dijo que no se preocupara, que haría lo posible porque su esposo se sienta tranquilo.

Pero las cosas no cambiaron. Carmen siguió visitando a su esposo y él siguió cada vez más interesado en la enfermera. Cuando Carmen llegó al hospital unos días después Juan ya estaba despierto. Sentado sobre la cama, veía en el televisor a un enorme gato atigrado

persiguiendo un cachorro de ciervo. Estaba solo y pese a la palidez tenía la cara despejada, calma, como si hubiera dormido diez horas la noche pasada. Mantenía los ojos clavados en la pantalla, en el gran gato que volaba sobre el pasto amarillento, en la persecución que parecía estar llegando a su fin. Carmen suspiró con esfuerzo y se le acercó titubeando, temiendo que el núcleo fallido de su memoria, ese centro de información devastado por el golpe, volviera a traicionarlos. No tuvo que esperar mucho. Hola, la saludó Juan sin mucho ánimo, otra vez estás aquí. Carmen pensó que se veía hermoso sentado en la cama. ¿Sabes? No es necesario que vengas todos los días, siguió. Ya me siento mejor y creo que voy a dejar este lugar en poco tiempo. Mientras hablaba bajó el volumen del televisor, en el que se formaba un charco de sangre púrpura en medio de la vegetación, hasta que en el cuarto no quedó más que el sonido amplificado de su voz. Aunque ya que viniste, continuó, quiero que me hagas un favor. Quiero que llames a la enfermera. Carmen comenzó a sentirse mareada, a retorcerse los dedos de la mano y cuando estaba a punto de responder descubrió que la enfermera, como un mal presagio, traspasaba la puerta del cuarto. Hola Juan, dijo con familiaridad, metida en un uniforme escandalosamente blanco. Había algo distinto en ella, en sus ojos, la sombra de una certeza que antes no existía. ¿Cómo te sientes hoy?, dijo dirigiendo su mirada hacia la bolsa de suero. Veo que ya estás viendo la televisión así que imagino que... Y no alcanzó a decir más porque Juan saltó de la cama y comenzó a besarla, en la boca, en la nariz y los ojos.

Tras terminar su turno en el hospital la enfermera volvió al pequeño departamento que alquilaba al otro lado de la ciudad y se acostó temprano. Como varias de esas noches desde que conoció a Juan soñó con que era una actriz de películas pornográficas. En el sueño, tras pasar por Buenos Aires y luego de salir desde Los Angeles, llegaba a Córdoba para filmar una película en un potrero. Pese a lo extraño de la locación la paga era alta, así que cuando le ofrecieron el papel aceptó. Llegó acompañada de un hombre bajo y autoritario que sería su coestrella y que enseguida le cayó muy bien, y de un hombre musculoso que se hacía pasar por guardaespaldas. Después de quedarse un par de días en un hotel minúsculo de las afueras, pagado por los productores, los tres abordaron una vagoneta azul oscuro, dejaron la ciudad y se dirigieron a una quinta inmensa que estaba a dos horas de camino. Pero en pleno viaje comenzó a llover. En cierta parte del trayecto, obreros vestidos con chalecos

naranjas y cascos azules habían abierto una brecha en la carretera, por lo que se vieron forzados a seguir por un desvío, una especie de camino de herradura aunque más ancho y menos irregular. Sin embargo la lluvia seguía y las cosas comenzaron a salir mal. En cierto punto, a menos de quince kilómetros de la quinta de los inversores donde se rodaría la película, el conductor de la vagoneta en que se trasladaban hizo una parada. Dijo que necesitaba orinar y de un salto salió a un descampado anegado de lluvia. Se alejó diez, quince metros del auto y después se largó a correr a campo traviesa ante la mirada atónita de los tres. En menos de diez segundos era un punto que se perdía en un horizonte amplio, gris y devastado por el agua. El hombre bajo y autoritario revisó la vagoneta y sucedió lo que todos temían: el conductor se había llevado las llaves. No tuvieron más opciones, llovía demasiado como para seguir el viaje a pie y el cielo ya estaba oscureciendo, así que hicieron lo único que podían hacer: encendieron las luces interiores del auto y se dedicaron a jugar cartas buena parte de la noche, ateridos de frío y muertos de hambre, hasta que la batería murió. Pocos minutos antes de caer dormida, ella registró en una nebulosa visión cómo el hombre musculoso se acomodaba junto al hombre bajo y autoritario y le dirigía una mirada glacial con la cabeza apoyada en el pecho lampiño de su coestrella. A la mañana siguiente había dejado de llover y los tres se alejaron del auto en dirección a la quinta. Caminaron dos, tres, casi cuatro horas e hicieron una pausa para descansar. El sol pegaba muy fuerte sobre la tierra cuarteada. Caminaron dos horas más hasta que, muertos de sed, decidieron que habían sido engañados, que no existía una quinta ni una película ni nada. Sólo veían grandes pájaros de silueta triangular volar muy lejos en el cielo. Dos semanas después, el hombre bajo y autoritario y el hombre musculoso llegaron por fin a Buenos Aires. Ella, como un espejismo, parecía haber desaparecido. Cuando despertó la enfermera supo que estaba enamorada.

Carmen volvió al hospital sólo tres días después porque no soportaba la idea de estar con Juan en ese estado. Cuando llegó al cuarto él la recibió con algo de cansancio. Veo que de nuevo por aquí, oscuridad, musitó. Gracias por venir, pero por qué no vas a casa. Has estado aquí ya mucho tiempo. Yo ya estoy bien, me iré de aquí en cualquier momento y mientras tanto la tengo a ella para cuidarme. Mientras lo decía acariciaba el brazo izquierdo de la enfermera, que, a su lado, asentía ligeramente y tenía los ojos clavados en el

electrocardiógrafo en el que el corazón de Juan se expresaba en números redondos. Carmen le dirigió una pequeña mirada de desesperación y luego estalló. No, Juan, ¡no! No sé quién piensas que soy pero trata de recordar. Yo soy Carmen, ¡tu esposa! ¿Acaso no te acuerdas de nuestra casa, de nuestros planes? ¿No te acuerdas de los viajes que hicimos cuando éramos novios, de la vez que fuimos en auto hasta Río Negro? Fue un viaje realmente hermoso, dijo dirigiéndose a la enfermera, ya impotente. Estuvimos todo el día en el río, bañándonos hasta que se puso el sol. Creo que salvo los días que cabalga nunca lo había visto tan feliz. Luego se quedó en silencio, con los labios fijos en una mueca de dolor. Los ojos oscuros de Juan expresaban tranquilidad. Allí sentado, cubierto con la bata del hospital y con el pelo revuelto, era tan hermoso que a Carmen se le hacía difícil mirarlo, así que cerró los ojos esperando algo, una intervención que no llegaría, y en la oscuridad pudo escuchar la voz de su esposo. Sabes bien que yo no soy casado. Ya deja de bromear. Y déjanos un rato solos, por favor, que necesitamos hablar. Entonces lo supo. Abrió los ojos, vio a la enfermera que sonreía, que cambiaba tranquilamente la línea del suero, que miraba el goteo incesante de ese líquido extraño que penetraba en el cuerpo de su esposo, y supo que su tarea era una tarea de destrucción. Y supo, además, que lo que la enfermera no borrara, se quebraría bajo el peso absurdo de la situación, desaparecería por los agujeros negros de la memoria de Juan, las regiones devastadas por el accidente, esas zonas enfermas del cerebro en las que los recuerdos de su historia eran sistemáticamente aniquilados.

Entonces se incorporó, miró seriamente a Juan, le dio un beso en la mejilla y le dijo que lo quería, que lo iba a extrañar mucho. Salió del cuarto y bajando las gradas se dirigió a la pequeña cafetería del hospital. Allí se sentó, sola, sin notar un cuadro en el que dos caballos blancos estaban enfrascados en una carrera a campo traviesa. Pidió algo para tomar y cerró los ojos, porque a esa hora el mundo estaba diseñado únicamente para herirla. Juan estaba allá, lejos, del otro lado de lo real. Respiró hondo y sintió que la realidad era un lugar duro, un lugar profundamente insensible. Cuando abrió los ojos las paredes de la cafetería estaban pintadas de blanco marfil y el piso estaba cubierto por una alfombra que parecía un enorme y viejo mantel. A un costado de la mesa se aferraba con fuerza a la taza de café, sin animarse a tomar el último trago. Afuera del hospital la lluvia caía pesada, como el gesto

despreocupado de algún dios idiota. Y sobre las aceras el mundo seguía su curso. La noche comenzaba con infinita indiferencia.

Posfacio

Los imaginarios sociales referidos a Bolivia suelen pretender exponer un territorio situado en Latinoamérica y en el cual lo andino, lo altiplánico, es lo predominante. Sin embargo, *la bolivianidad* es atravesada por una serie de conflictos que no implican necesariamente una relación directa y explícita con lo andino sino, más bien, existe una intención de superar ciertos discursos que estereotipan los modos de vida y los sujetos que integran la nación boliviana. Nación y territorio, en el sentido de Benedict Anderson, no siempre han representado una unidad indisoluble o exenta de conflicto. Las tensiones que Bolivia ha atravesado en los últimos doscientos años, dan cuenta de fracturas políticas e ideológicas, de proyectos y modelos de nación en tensión y con falencias que implicaron pérdidas de territorio, golpes de estado, violencia y disputa política y social.

En estos pocos años en los cuales el siglo XXI ha comenzado a desarrollarse, investigar las formas y variantes de los discursos literarios que se elaboran desde Bolivia no deja de ser seductor para quien analiza la literatura a la luz de las variadas herramientas que ofrecen los estudios culturales. Y partir del entendimiento de la preeminencia de lo diverso, de lo abigarrado y de lo tensionado, posibilita encontrar algunos ejes conductores en una producción reciente pero que –seguramente- gozará de largo aliento.

En este volumen, se encuentran reunidos seis autores de diferentes regiones bolivianas; convergen en esta antología colectiva escenarios definidos desde el paisaje urbano y también desde el paisaje rural; y además aparecen espacios indefinidos, ciudades que pueden ser cualquier ciudad, en un intento de “cosmopolizar” la narrativa boliviana. Los jóvenes escritores narran Bolivia desde dentro y desde fuera de sus fronteras y muestran sus preocupaciones, sus emociones y sus circunstancias. Es por ello que *Ayni* intenta mostrar un momento exacto no solo de expansión del campo literario boliviano sino también un momento de expansión de pensamiento en torno a las circunstancias que atraviesan a Bolivia y a Latinoamérica en su conjunto. Lo interesante no es encontrar un discurso unívoco y acabado, sino manifestaciones diversas que se pueden hallar en los narradores de estos cuentos, en los personajes que tienen para decir algo sobre las culturas que confluyen en el territorio boliviano. Así aparece lo abigarrado, sujetos en los cuales -al decir de Silvia Rivera Cusicanqui- se superponen diversos espacios simbólicos; éstos cobran sentido no en

la individualidad sino en contacto con la sociedad, con los discursos que la atraviesan y con los pasados en común que comparten (sean más inclinados al período precolonial o al período republicano).

Ayni no pretende reducir la cuestión boliviana simplemente a lo andino, más bien mostrar la diversidad, la tensión y la convergencia de voces, de sujetos, de personajes y autores que tienen algo para compartir con lectores ávidos por conocer y adentrarse en una literatura que por muchos años ha estado alejada del alcance de los lectores argentinos. *Ayni* es, también, las líneas de reciprocidad que constituyen al campo literario en este tiempo, que atraviesan el campo intelectual y que se desarrollan a lo largo del territorio boliviano y fuera de sus fronteras. En fin, *Ayni* es un punto de partida y no un punto de llegada para quien sienta que los destinos de la literatura latinoamericana no dejan de estallar con cada palabra escrita.

Magdalena González Almada

Los autores



Juan Pablo Piñeiro nació en La Paz en 1979. En 2003 publicó su primera novela, *Cuando Sara Chura despierte*, la cual está en su cuarta edición y se prepara su traducción al francés. En 2010 publicó su segunda novela, *Illimani púrpura*. Elaboró los guiones de las películas *Sena quina* (2005) de Paolo Agazzi; *Hospital Obrero* (2009) de Germán Monje y el libreto de la ópera *Nomis Ravilob* de Cergio Prudencio. Reside principalmente en la selva amazónica boliviana.



Giovanna Rivero nació en Santa Cruz de la Sierra en 1972. Obtuvo el Premio Nacional de Cuento del periódico *Presencia* en 1993, el Premio Nacional de Literatura de Santa Cruz, en 1996, por su obra “Las bestias”, y el Premio Nacional de Cuento Franz Tamayo, en 2005, por “Dueños de la arena”. Actualmente concluye un doctorado en literatura hispanoamericana en University of Florida, USA. Ha publicado los libros de cuentos: *Contraluna* (2005), *Sangre Dulce* (2006), el libro de cuentos para niños *La dueña de nuestros sueños* (2002), y *Niñas y detectives* (Bartleby 2009), y las novelas *Las camaleonas* (2001), *Tukzon, historias colaterales* (La Hoguera 2008) y *Helena 2022: La vera crónica de un naufragio en el tiempo* (Pura letra 2011). Su obra ha sido incluida en numerosas antologías, entre las que figuran *El futuro no es nuestro* (Eterna Cadencia 2009), *Schiffe aus feue*, compilada por Michi Strausfeld (Alemania, 2010), *Crónicas de oreja de vaca* (Bartleby 2011), *Bolivia a toda costa* (El Cuervo 2011), *Región, Antología del cuento político latinoamericano* (Interzona 2012) y *Mesías* (Travesía, 2013).



Rodrigo Hasbún nació en Cochabamba, Bolivia, en 1981. Publicó la novela *El lugar del cuerpo* y los libros de cuentos *Los días más felices* y *Cinco*. Le concedieron el Premio Unión Latina a la Novísima Narrativa Breve Hispanoamericana y fue parte de Bogotá 39. Algunos de sus textos han sido traducidos al inglés, portugués y francés, y dos de ellos fueron llevados al cine con guiones co-escritos por él. El 2010, la revista *Granta* lo seleccionó como uno de los mejores narradores jóvenes en español.



Maximiliano Barrientos nació en Santa Cruz de la Sierra en 1979. Publicó los libros de cuentos *Diario* (2009, editorial El Cuervo) y *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer* (2011, editorial Periférica) y la novela *Hoteles* (2011, editorial Periférica).



Liliana Colanzi nació en Santa Cruz de la Sierra en 1981. Autora del libro de cuentos *Vacaciones permanentes* (2010). Coeditó la antología *Conductas erráticas* (2009) y editó la mini-antología bilingüe *Mesías/Messiah* (2013). Ganadora del Concurso Nacional de Microrrelato (Bolivia, 2004). Ha colaborado en diversos medios como Clarín, El Deber, The Clinic y Etiqueta Negra. Estudia un doctorado en literatura comparada en la universidad de Cornell, EE.UU.



Sebastián Antezana nació en México D.F., en 1982, pero se trasladó muy pronto a La Paz. Es columnista de varios periódicos y revistas. Es magister en literatura inglesa por la Universidad de Leeds y actualmente cursa un doctorado en Lenguas Romances en la Universidad de Cornell. Ha participado en las antologías *Conductas erráticas* (Aguilar, 2009), *Hasta acá llegamos. Cuentos sobre el fin del mundo* (El Cuervo, 2012) y *Memoria emboscada. Cuento boliviano contemporáneo* (Alfaguara, 2013). Es autor de las novelas *La toma del manuscrito* (Alfaguara, 2008) y *El amor según* (El Cuervo, 2011). Con *La toma del manuscrito* ganó el X Premio Nacional de Novela de Bolivia.